UNA IGLESIA APASIONADA POR LAS MISIONES

.Una aplicación de la teoría de lo obvio
a la relación entre iglesias y agencias misioneras

ANTONIO C. NASSER

COMIBAM Internacional

Publicado por Editorial Unilit
Miami, Fl., EE.UU.

UNA IGLESIA APASIONADA POR LAS MISIONES
Antonio C. Nasser

Versión española: Gustavo J. Chávez

1997 Primera edición

Índice

Prólogo

ESCUCHÉ por primera vez los desafíos de este libro en una consulta de la Asociación de Profesores de Misiones de Brasil, en marzo de 1994. Supe en aquel momento que aquella exposición tendría que transformarse en un libro... ¡y en libro se ha transformado!

El pastor Antonio C. Nasser habla con convicción a las iglesias en el momento oportuno. Hemos recorrido ya algunos años en el camino misionero. Las iglesias han enviado muchos obreros (pero no los suficientes) y ya estamos viendo los resultados. Algunos logros maravillosos, gracias a Dios. Otros, no tan alentadores.

Pero la verdad es que no estamos yendo tan bien como podríamos o deberíamos. ¿Cuáles son las razones? El pastor Nasser presenta nuestro lado de la moneda. No podemos culpar del todo al misionero cuando hay fracaso. El misionero no es como un empleado que cuando no satisface debe ser despedido. Somos socios nosotros, los que estamos en las iglesias enviadoras, y el misionero. ¿Cuál es nuestra parte? ¿Cuál es nuestra falla cuando el misionero falla?

La iglesia es en realidad la principal fuente de preparación, envío y sostenimiento. Los seminarios y las agencias son esenciales, pero la formación inicial y la base del sostenimiento pertenecen a las iglesias locales. Nuestras actitudes básicas en relación con Dios, la Biblia, el evangelio, el hombre, el liderazgo, la cultura, etcétera, vienen de la vida en la comunidad de la iglesia local. No es en algunas clases nocturnas o con una rápida orientación de una agencia como se forma realmente el misionero en su comportamiento, carácter y capacidad ministerial. Si la iglesia del candidato a misionero se equivoca en su manera de ser y enseñar, este modelo negativo es el que probablemente será llevado a los pueblos y plantado juntamente con las nuevas congregaciones.

Si existe en su iglesia de origen una jerarquía rígida con un «dueño» más allá del Señor Jesús, el misionero llevará este modelo al campo transcultural. Si la persona «diferente» que entra en la iglesia no es aceptada con alegría como una oportunidad de compartir el amor de Dios, el misionero tendrá grandes dificultades en aceptar a las personas «diferentes» de otras culturas, como dignas de participar igualmente en la comunidad de Dios.

Si la predicación se resume en «cuentitos» o espiritualizaciones sin profundidad en la enseñanza de las grandes verdades bíblicas, el misionero quedará sin razón para estar lejos de casa y sin medios para hacer discípulos del Señor. Si no hay discipulado en el carácter del candidato, él será perjudicado y perjudicará a mu-

chos otros. Si no hay humildad como Jesús enfatizó tantas y tantas veces, habrá paternalismo, luchas por el poder, contiendas y construcción de reinos personales.

Pero la verdad es que en este momento estamos en una encrucijada, que a mi modo de ver es decisiva. O nos ponemos a pensar, examinar, oír, orar y confrontar para mejorar, o nos estacionamos en un nivel mediocre de la acción misionera.

¡Que Dios bendiga la lectura de este libro, y que nos lleve a la transformación y al crecimiento!

Barbara H. Burns

Introducción

LAS ALTERACIONES EN nuestro mundo son grandes y rápidas. La época en que vivimos nos aproxima a otras naciones, a través de una impresionante globalización jamás vista en toda la historia. Las exigencias que se imponen para que haya una correspondencia efectiva de los procesos mercantilistas, ha generado reflexiones sobre cómo las personas y gobiernos pueden mostrarse más modernos y competitivos. Estas reflexiones crean términos como «calidad total», «reingeniería», «iso 9000» (código de calidad de aceptación mundial de algún producto), etcétera, presentando al mundo estos procesos como aspectos de la más alta modernidad. Pero lo que aparece como nuevo no es nada más que lo obvio, o sea lo que se debería estar haciendo desde hace mucho tiempo.

Los investigadores están descubriendo y enseñando que es necesario volver a lo básico, a los aspectos más sencillos. Se ha dado el nombre de *teoría de lo obvio* a esta práctica: pensar en la actitudes que van a mejorar no sólo el producto sino todo el sistema.

Creo que no hay nada de modernidad en estas pro-

puestas. Estamos viendo el retorno de prácticas que nunca deberíamos haber abandonado. Por ejemplo, hay diversos cursos sobre cómo satisfacer al cliente, atender a las necesidades del consumidor, educar al vendedor, etcétera. Enseñar que un vendedor debe ser capacitado para vender mejor ¡es algo más que obvio! Decir a la industria que su producción debe tener calidad total, desde la compra de la materia prima hasta la comercialización, es obvio también. Forma parte del buen sentido y de la honestidad.

Este principio ha sido infelizmente olvidado por muchas personas, principalmente las que tienen el poder político y financiero. Lo triste es encontrar iguales procedimientos en ambientes religiosos, donde la Palabra de Dios debería imperar.

Haciendo un paralelo con las iglesias instituidas, podemos decir que hay una necesidad de volver a lo obvio. Hemos oído «cosas nuevas» que, en realidad, son antiguas y deberían integrar nuestra práctica de vida y ministerio desde hace mucho tiempo. Enfrentamos situaciones que podrían haberse resuelto muy bien si hubiésemos mirado a la Biblia, nuestro único manual de fe y práctica.

Creo que tenemos que actuar de aquí en adelante recordando la teoría de lo obvio y enseñar a nuestro pueblo lo básico. Lo básico no es necesariamente lo simple: la iglesia necesita comprender qué aspectos serán los fundamentos de este edificio. Sinceramente hablando, esta no ha sido nuestra práctica.

Por ejemplo, iglesias que están promoviendo Confe-

rencias Misioneras se deleitan con algunas enseñanzas, creyendo que de este modo se volverán más *modernas*. ¿Y qué enseñanzas fluyen de estas conferencias? Básicamente, lo que la Biblia dice con respecto a alcanzar personas con el evangelio.

En otras palabras, si la iglesia estuviese firme en las Escrituras, con respecto a su función como cuerpo misionero, ya hubiésemos alcanzado al mundo hace mucho tiempo (en términos de proclamación del evangelio). Lo interesante es que en eventos como estos tengamos que enseñar *que la iglesia debe obedecer a la Biblia*. ¿No es obvio?

Otro ejemplo: los cursos sobre las necesidades del misionero. Exceptuando lo técnico (culturas, costumbres, etcétera), se centran en recordarnos que el misionero y su familia son personas. ¿Y cómo debemos tratar las personas? Todo empieza cuando miramos el espejo. Allí vemos ciertas necesidades que deben ser suplidas. ¿Por qué el misionero tiene que ser diferente? Otro aspecto de la teoría de lo obvio.

No podemos despreciar lo que está aconteciendo. Damos gloria a Dios porque vemos iglesias que promueven conferencias misioneras y se capacitan con miras a alcanzar el mundo para Cristo. Pero debemos comprender que esto no es nada nuevo, y sí dar gracias a Dios porque estamos volviendo a las enseñanzas de nuestro Señor Jesús para su iglesia. Quiero decir con esto que no debemos gloriarnos por emprender la obra misionera: al contrario,

debemos alegrarnos por estar volviendo a los principios básicos de la fe cristiana.

Espero no haber creado prejuicios que impidan continuar leyendo estas páginas. No quiero parecer soberbio: sólo deseo llamar la atención sobre ciertos aspectos básicos (para no decir obvios) que no podemos olvidar. En cierto modo estoy haciendo lo mismo que todos: volver a lo que es simple, básico y por supuesto ¡obvio!

1

Un retrato de las iglesias en el proceso misionero

NO ES FÁCIL abordar la evaluación de nuestra propia práctica como iglesia en el proceso misionero de manera honesta y sin susceptibilidades. Espero no ser tan crítico como para llegar a empañar la belleza de la novia de Cristo en el mundo: las cualidades de la iglesia son claras y están ante nuestros ojos.

A continuación presento algunos nombres que he puesto a las actitudes de algunas iglesias, con el fin de retratar dificultades que necesitan ser resueltas mediante un análisis sincero, en el temor de Dios.

Iglesias *Disneylandia*

Me parece que no son pocos los miembros de nuestras iglesias que están buscando el placer como si fuese lo más importante de sus vidas: quieren un culto que alegre, música que haga danzar, predicación que haga reír, y un

lugar para la fantasía. La fantasía es un recurso infantil. Hay iglesias que adoptan una postura infantil y se complacen en ella.

La fantasía saca al hombre de la cruda realidad y de la difícil interacción. Hace reír, soñar y vivir en un mundo en el que siempre se vence. ¿Ha visto usted jugar a un niño? Él entra en su mundo de «mentiritas» y se transforma en el mejor superhombre, se viste de su personaje y vence todos los problemas. Basta con que haya voluntad, y... ¡listo! Soñar y crear los héroes y los bandidos, naves espaciales y monstruos con quienes luchar es mejor que enfrentar la realidad. El lenguaje de la fantasía nos saca de la razón y nos lleva a la simple emoción. Sentir pasa a ser el mayor objetivo.

¿Conoce usted iglesias que se comportan así? Podemos pensar sobre la validez de tales prácticas y preguntar: ¿Qué hay de malo en desear una gran alegría? Nada, mientras esto no sea el centro de nuestra vida o ministerio. ¡La iglesia no es un parque de diversiones que espera clientes! Somos una comunidad de amor, que se alegra y llora, que trabaja y descansa, que cree en milagros y los vive, sin caer en el «milagrismo»; que estudia la Palabra integral, sin pretender quedarse solamente en las promesas.

Los problemas de una iglesia «Disneylandia», en la obra misionera son inmensos.

Algunas preguntas:

- ¿Cómo llevar este pueblo a una responsabilidad que nace del compromiso con Cristo y con su Cuerpo?

- ¿Cómo *arremangarse* y partir hacia un compromiso misionero de difícil acceso?
- ¿Cómo comprender que la obra misionera exige valentía, perseverancia y mucho sacrificio?
- ¿Cómo harán para ver los campos difíciles y problemáticos?
- ¿Qué modelos tendrán para seguir los misioneros hijos de esta iglesia?
- ¿Qué tipo de iglesia implantarán (si lo consiguen) en el campo misionero?
- ¿Qué ejemplo darán a los discípulos?

La fantasía es un elemento normal en los niños, pero de alienación en los adultos. La iglesia adulta realiza la obra de Dios mediante proyectos bien definidos y serios, y no pierde tiempo pensando en satisfacciones emocionales. Dios nos enseña en su Palabra que el trabajo es arduo y necesita concentración. Lea, por ejemplo, Mateo 10. Varias veces el Señor enseña a sus discípulos la realidad que contrasta con la voluntad humana. En determinado momento el Señor Jesús dice:

> He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo [...] No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa (Mt 10.16, 28, 34-36).

¿Dónde está en estos textos la práctica permanente del placer? ¿No existen tensiones, luchas, dificultades, temores? ¿No hay momentos de vigilancia y actividades peligrosas? El Señor Jesús nunca engañó a sus discípulos presentándoles un parque de diversiones. La vida es mucho más que sólo jugar. ¡Hay tiempo para todo!

Iglesias megalomaníacas

En esta última década convivimos con un crecimiento numérico bastante grande, fruto de un avivamiento que invade el Brasil. He visto a familias enteras llegar a Cristo y tener nueva vida en Él. Hay millones de nuevos convertidos semanalmente. Esto está forzando a las iglesias de nuestro país a adoptar una fuerte estructura en términos físicos, de liderazgo y enseñanza.

En este tiempo maravilloso en que las iglesias crecen constantemente (lo cual es una tremenda bendición) hemos visto en algunas el desprecio por las cosas sencillas y básicas de la fe cristiana. Algo que me preocupa, por ejemplo, es que muchas iglesias acabaron con las Escuelas Dominicales por la imposibilidad de mantenerlas a causa de la expansión numérica, o por creer que la Escuela Dominical puede ser sustituida por enseñanza en la familia. Así, la iglesia se está reduciendo a grandes cultos de celebración. Estos deben tener su espacio, pero no tomar todo el lugar de la vida comunitaria.

Los miembros de las iglesias ya no se conocen, y no comprenden la intimidad de la administración. Parece que estamos viviendo en la era del «movimiento», pero

de ondas que son «modas» y pueden hacer que el trabajo serio desaparezca.

No estoy pensando negativamente o contra el crecimiento de las iglesias. Creo que es maravilloso, y participo activamente de todo, con deseos de ver a la iglesia de Cristo moverse en dirección a una proclamación consistente y permanente del reino de Dios.

Lo que tenemos que evaluar con sabiduría ¡que Dios nos la dé! es el hecho de que el espíritu «megalomaníaco» ha venido a ser más importante que las pequeñas y singulares cosas en las cuales debemos trabajar. Es importante tener grandes iglesias; pero es igualmente importante atender a sus necesidades. Una de las áreas olvidadas es la de las misiones. Grandes iglesias ofrecen grandes sumas de dinero y... ¿qué otra cosa podrían ofrecer? ¡Están preocupadas por sus grandes eventos en grandes ciudades, que reúnen a grandes concentraciones de personas, con grandes bandas y grandes predicadores!

Sólo Dios es grande y todopoderoso; la iglesia, ¡no! ¿Debemos entonces huir de la realidad que nos rodea, evitando que las iglesias crezcan? ¡Absolutamente no! Lo que tenemos que hacer es intentar mantener la vida pastoral de forma íntegra con los lineamientos del reino de Dios y las necesidades básicas del pueblo. Si sólo pensamos en megaiglesias, podemos llegar a transformarlas en empresas que no se preocupen por la vida del humilde trabajador.

La cuestión es compleja pues, mientras escribo estas líneas, recuerdo que nuestra propia iglesia local está cre-

ciendo y exigiendo una mayor atención a los aspectos de comunión de los miembros, integración de nuevos creyentes, espacio y estructura. Al mismo tiempo, los pueblos sin Cristo, las naciones sin posibilidad de oír, los idiomas que no recibieron todavía siquiera una porción de los Evangelios, ¡continúan clamando por nuestra atención!

Si la iglesia se preocupa sólo de su megacrecimiento, podrá olvidar que, mientras crece, desobedece al Señor a quien procura servir. La exagerada preocupación por lo local nos puede hacer olvidar de la predicación a las naciones. El evangelio del reino de Dios debe ser predicado a todas las etnias, para testimonio a todos los pueblos.

¡Que así sea!

Iglesias sociales

Vivimos en una época en que la información es extraordinariamente rápida. Desde el sofá de nuestra casa podemos ver lo que está pasando en el mundo entero: sus guerras, sufrimientos, hambres, pestes. Y somos propensos a desarrollar una actitud de compasión por el estado social de este pueblo, olvidándonos de su realidad espiritual.

Antes que nada, quiero que sepan que no estoy en contra de la actitud social que debe tener la iglesia. Es bíblica y forma parte de la dignidad humana. Pero reducir la acción del cuerpo de Cristo al trabajo puramente social, hace del pueblo un grupo de trabajo en favor de la vida, pero apenas de la vida terrena.

Quiero hacer una observación contra los extremismos. Ver un niño pobre, mal vestido y con hambre, retuerce nuestro corazón, es verdad; pero pensar en su realidad espiritual debería producirnos una compasión mucho mayor. Si realmente pudiésemos mirar al mundo con los ojos de Dios, le llevaríamos la Palabra viva, que salva y santifica, con toda urgencia. Es absolutamente obvio que debemos llevar pan a aquel que tiene hambre, sin olvidarnos de la necesidad que tiene de oír y creer en la Palabra de Dios. No debemos, por lo tanto, reducir el trabajo misionero al aspecto puramente social.

Muchas iglesias gracias a Dios están firmes respecto a la acción en favor de la vida, pero no pueden olvidarse del evangelio integral. Esta es la cuestión más crucial. El hombre necesita ser alcanzado integralmente por el evangelio de Cristo que es pleno, completo en su acción. Las misiones nos llevan a ver el mundo como Cristo lo vio, a amarlo como Él lo amó, a actuar con relación a los problemas, sean sociales o espirituales, como Él lo hizo. Al multiplicar los panes, Jesús mostró que no está ajeno a las necesidades del ser humamo; pero al morir en la cruz, rescató a este ser en su totalidad. Como siervos de Cristo, tenemos la función de llevar vidas al conocimiento del Señor.

Iglesias tecnócratas

Son las iglesias que actúan según modelos prefabricados y técnicas previamente establecidas, sobrevaluando los métodos en detrimento del contenido. Algunos pasos para crecer, otros tantos para ser santo, cómo ser feliz en

diez lecciones, etcétera. Este es otro caso de extremismo. Existen métodos eficaces, ¡pero son estanques! Debe haber un mover del Espíritu de Dios en la iglesia, de forma que le enseñe a actuar. Hay comunidades evangélicas que no saben nada sobre estas técnicas, pero están creciendo tremendamente, haciendo la obra del Señor con alegría y destreza, y son valerosas para situarse frente a las necesidades del mundo.

Las iglesias que buscan *paquetes* que resuelvan todo, corren el riesgo de quedarse inertes, inmóviles. Buscan saber qué hacer en tal o cual situación, mirando la lección «X». Parecen seguir un manual de fe; como si ésta pudiera ser manipulada. ¿Estaré exagerando?

En las misiones, la iglesia necesita oír al Espíritu de Dios, necesita estar alerta y abierta a su voz y dirección. La iglesia en Antioquía, capacitada por el Señor, a través de Pablo y Bernabé, supo reconocer y obedecer la orden del Espíritu Santo, y enviar a aquellos siervos a los viajes misioneros (Hechos 13.1-3). Había en esta oportunidad una disponibilidad para alterar planes preestablecidos. Pablo y Bernabé actuaron allí más o menos un año, y luego el Señor los guió a dejar la iglesia. Si hubiésemos estado allí usted y yo, tal vez habríamos dicho: «¡Quédense con nosotros: no tenemos experiencia todavía! ¿Para qué dejar una iglesia creciente y dedicarse a los perdidos que ni se sabe dónde están?»

¡Qué grueso error! Nuestras mentes no están preparadas para cambios drásticos. ¡Parece que necesitamos tiempo para digerir lo que el Señor está haciendo! Pero

gracias a Dios porque aquellos hermanos de la iglesia de Antioquía oyeron al Espíritu Santo y prontamente lo obedecieron. No se quedaron parados, esperando una nueva asamblea administrativa, o un cambio en el liderazgo. Al oír el llamado de Dios que fue para toda la iglesia , ¡enseguida obedecieron!

Las iglesias que se están despertando a la obra misionera necesitan aprender a oír al Espíritu de Dios y obedecerlo rápidamente. No basta hacer Conferencias: es necesario saber también que Dios se mueve como quiere, para lo que quiere, de acuerdo con Su voluntad soberana. ¡La iglesia oye y obedece!

Iglesias observadoras

Estas ya pasaron por algún tipo de contacto con las misiones, ya recibieron en su seno a algún misionero y ya tuvieron, infelizmente, traumas al respecto. Fueron víctimas de personas irresponsables que macularon la novia del Señor con actitudes incoherentes para un misionero. Algunos de ellos han venido a la iglesia como a un gran banco capaz de resolver sus problemas financieros. Otros actuaron con irresponsabilidad en cuanto a lo que les fue asignado y mintieron respecto a su trabajo (¡cuántos todavía forjan informes para no ser reprendidos por lo que deberían haber hecho!).

Estos traumas traen a la iglesia una actitud de desconfianza generalizada. Aquí reside el dolor y el problema: la generalización promueve la paralización. A partir de ahí la iglesia pasa apenas a *observar* lo que ocurre, sin

expresar ningún deseo de participar. Es como el niño que se lastimó jugando al fútbol, y después, con miedo, se queda simplemente mirando.

¿Qué promueve este procedimiento? Ciertamente un estancamiento en la obra misionera. Se hace necesaria aquí una sanidad y necesita ser realizada con rapidez, aunque se sufra aislamiento y desprecio. He oído decir a algunos pastores: «La obra misionera da mucho trabajo; no vale la pena». ¿Qué encontramos detrás de estas palabras? Tal vez, el dolor de haber visto a aquel seminarista causando escándalo en el campo; a aquel pastor desviándose del trabajo que le fue propuesto; a aquel misionero que salió al campo dejando atrás relaciones deshechas...

Pero aquí va una buena noticia: ¡Estas comunidades tienen cura! Necesitan mirar al Señor de la obra y no a los obreros. El perdón todavía es bíblico y debe ser transmitido. La Palabra de Dios y su voluntad en relación con el mundo continúan vigentes.

Iglesias desafiadas

Gracias a Dios porque hay muchas iglesias desafiadas por la Palabra, que se están involucrando en su obra. En ellas, el trabajo misionero pasó de una visión local y nacional a la amplitud mundial. Estas comunidades ya están haciendo conferencias anuales, semestrales, etcétera, y proyectos de apoyo. Por lo tanto, deseo advertirles que corren algunos peligros, como el de desviarse de los objetivos de la Palabra: pueden volverse «iglesias-evento», en las cuales el movimiento sea más importante que la

continuidad. Esto pasa con frecuencia en nuestros países. La desastrosa consecuencia es que corren el riesgo de volverse en poco tiempo iglesias observadoras.

Cuando hablo de evento o movimiento me estoy refiriendo a las actividades que «muestran trabajo» sin tener en cuenta los aspectos importantes de la misionología y la eclesiología. Llevan a la iglesia a un activismo exagerado, pero improductivo. Infelizmente, generan solamente ruido, y el trabajo deja mucho que desear.

La iglesia misionera necesita ser perseverante en todo el proceso, no solamente en una u otra actividad. También debe recordar que la obra misionera sólo terminará cuando el Señor Jesús vuelva, y no está a nuestro alcance saber si va a demorar o no. Lo que debemos hacer, como iglesias involucradas en la obra de Dios, es prepararnos para una acción continua, tenaz, seria, que tenga en mente un trabajo constante.

Es común enterarnos de misioneros que salieron de sus iglesias y países con fiestas y toques de trompetas y después de un año no recibieron más sustento ni noticias de sus congregaciones. ¿Qué tipo de trabajo es este? ¡Sería más fácil contratar una agencia de turismo! ¡Esto es un horror! La iglesia, al enviar un obrero al campo, debe saber que será responsable por él durante *todo el tiempo* que esté en la obra. Sostenimiento, cartas de apoyo, atención pastoral, noticias de la iglesia y del país (si está fuera), etcétera, tienen que estar en la agenda de acción de una iglesia misionera.

Deberíamos mirar más de cerca la experiencia de los

hermanos moravos. Un buen análisis de este movimiento fue hecho por Colin Grant, misionero en Sri Lanka por doce años, fallecido en 1976. Creo que será de gran bendición para todos nosotros que, en estos últimos días de la iglesia cristiana, deseemos visitar todo el mundo con el evangelio de Cristo Jesús.

La obediencia misionera de los hermanos moravos era esencialmente alegre y espontánea, antes que todo. Hablando sobre Herrnhut a comunidad formada por los moravos en tierras del conde Nicolás von Zinzendorf , uno de los moravos escribió: «Todo el lugar parecía un verdadero tabernáculo de Dios entre los hombres. No se veía ni se oía nada más que gozo y alegría».

La convicción misionera era tan latente que el Dr. A. C. Thompson, historiador del inicio de las misiones moravas, escribió:

> El deber de evangelizar a los paganos está tan profundamente alojado en el pensamiento actual, que el hecho de que alguien entre personalmente en esta obra no levanta ninguna sospecha... no es considerado como una cosa que exija amplia divulgación, como si estuviese aconteciendo algo prodigioso o fuera de lo común.

Personalmente creo que hemos estado un poco lejos de la real motivación misionera en nuestros días. Queremos que, a través de una grande e intensa propaganda, hombres y mujeres se involucren en la expansión misionera en todo el mundo. Para que esto ocurra, ¿qué hacemos? Creamos agencias enviadoras que se especializan en el «envío misionero». Nada tengo en contra de la exis-

tencia de ellas: yo mismo coopero con la Misión Internacional para el Interior del África.

Las comunidades locales, muchas veces desprovistas de vida cristiana intensa en la práctica, son llevadas a creer que la obra misionera es realizada por «algunos» misioneros sacrificados, involucrados con organizaciones y movimientos. ¡De ahí el peligro del evento por el evento! Herrnhut era diferente: su característica era la naturalidad con que la obra misionera se inició y se expandió. ¡No había misioneros «héroes», sino una iglesia involucrada en su función en el mundo!

Grant cita al Rev. Ignatius Latrobe, ex secretario de las misiones moravas en el Reino Unido, durante el siglo pasado, quien escribió:

> Creemos que es un gran error presentar los misioneros después de su nombramiento a la notoriedad y admiración públicas, y elogiar su devoción al Señor, mostrándolos a las iglesias como mártires y perseguidos, antes que ellos partan para su trabajo. Nosotros preferimos aconsejarles que partan silenciosamente, encomendándolos a las fervorosas oraciones de la iglesia...

¡Qué distantes hemos estado de este ardor y seriedad misionera! Nuestras comunidades locales no se sienten responsables por el trabajo misionero. «Echan», por así decir, la responsabilidad sobre las organizaciones misioneras o juntas denominacionales. Estas, con un inmenso esfuerzo, intentan involucrar a las iglesias locales a través de un departamento, procurando sacar de ellas su material humano y financiero. Me parece que hay algo que está mal, ¿no es así? Mientras quedamos en este ir y venir

interminable, los paganos mueren en su ignorancia espiritual, ¡y nosotros continuamos discutiendo sobre el tributo de la culpa!

Recuerdo que cuando cooperaba con mi esposa en una empresa de cosméticos, ganábamos «diamantes» como distintivos, créditos por nuestra producción y mucho dinero. El Señor nos sacó de todo aquello, gracias a Dios, y abrió nuestros ojos para que percibiésemos que muchas de nuestras iglesias actúan así. Parece que estamos en una carrera, en busca de muchos premios.

«¡Vamos a ser mejores que aquella iglesia! ¡Vamos a mandar más misioneros   aunque sin importarnos la calidad   y decir a todos que también estamos en la *onda*!» Amados hermanos: ¡que el Señor nos dirija nuevamente a la real motivación cristiana!

En la obra misionera de los moravos, es evidente que hubo problemas y defectos. Fueron más evangelistas que edificadores de iglesias fuertes, pero en las palabras de J. R. Winlick:

> La iglesia morava fue la primera entre las iglesias protestantes en tratar esta obra como una responsabilidad de toda la iglesia, como un todo, en vez de dejarla a las agencias misioneras o personas especialmente interesadas.

Iglesias desafiadas pero independientes

Este es un punto que en el proceso histórico de las misiones en el Brasil, se está mostrando como un verdadero peligro. Es el caso de iglesias que están desafiadas, conocen el ardor misionero, oran por obreros (Mt 9.38) y se

están involucrando cada día más. Hasta aquí no hay nada incorrecto. El problema es que a partir de esto puede surgir un inminente peligro: la «Declaración de Independencia».

Llamo Declaración de Independencia a la actitud de algunas comunidades que se aíslan y resuelven trabajar solas, sin la cooperación de escuelas y/o agencias misioneras. Pensemos, por ejemplo, en la MIAF. Fue fundada en 1895 por Peter Cameron Scott, quien después de orar y suplicar a Dios por salud, partió con dirección al continente africano, con el objetivo de penetrar en su interior. ¡Todo esto en 1895! En aquel momento nació la Iglesia del Interior de África, que hoy cuenta con ¡más de dos millones de miembros!

¿Podemos dejar de lado una experiencia tan rica como esta para simplemente entrar en otra cultura sólo a través de una iglesia local? ¡Estoy seguro que no! Ahora, es importante destacar que aquí no estoy diciendo que las agencias saben todo y que ellas son los únicos y legítimos caminos para llegar al campo. Lo que me preocupa y lo he visto bastante es que varias iglesias quieren llegar primero, quieren hacer su gol, quieren presentar sus informes... ¡y ya existen lugares que están rechazando nuestros misioneros! ¿Por qué? Porque estamos actuando sin estructura, sin entendimiento, sin considerar la otra cultura, en fin, sin capacitación suficiente. Algunos se empeñan, diciéndose llenos de fe, y salen al campo. Y terminan viviendo por fe... fe de los otros misioneros que tienen que socorrerlos.

Esto es terrible y parte nuestro corazón. No se ha comprendido que la obra misionera es un esfuerzo en conjunto, con un propósito bien definido: ¡hacer el nombre de Dios conocido en todas las naciones! Hay una cantidad de instructores, profesores, maestros, lingüistas, antropólogos, teólogos, misionólogos y administradores en nuestro medio. Debemos tenerlos en cuenta. No podemos despreciar su ayuda e importante cooperación.

Harambee

En 1987 estuve participando de una cena promocional de la MIAF, en los Estados Unidos de América. El tema era «Harambee». Me pareció interesante y quise saber qué significaba esto. La palabra pertenece a la lengua suahili (africana) y su significado es algo así como «esfuerzo común», o «empujar juntos». La idea es exactamente ésa: no despreciar ninguna ayuda en el desarrollo misionero.

Necesitamos seminarios teológicos y misionológicos, iglesias, agencias. Necesitamos a todos para ganar a algunos. Esto es cooperación. Las iglesias que pasan todo por encima, muchas veces reclamando para ellas la propiedad de la dirección divina, pueden arruinar mucho los campos y las relaciones misioneras.

Vamos a empujar juntos; vamos a trabajar en un esfuerzo común, para que la gloria de Dios alcance al mayor número posible de pueblos y personas. Como se dice en el movimiento AD 2000: «Una iglesia para cada pueblo, y el evangelio para cada persona, para el año 2000».

Iglesias cooperadoras

¡Basta de problemas! ¡Vayamos a lo ideal! En realidad, otra vez, tenemos que ser simples y caminar en lo que es obvio. Las iglesias deben cooperar y juntar fuerzas en la obra del Señor. Necesitamos valor, pues esto exige que todos nosotros nos sentemos con humildad y conversemos largamente sobre los propósitos que tenemos. ¿Tendrán nuestras juntas denominacionales esa valentía para agruparse, en un esfuerzo conjunto, con las juntas interdenominacionales, y viceversa?

Es hora de una cooperación real, constante y plena. Existen campos que tienen misioneros de varias entidades, las cuales conversan con respecto a sus objetivos y medios para alcanzar al pueblo. Parece que cada una desea plantar su bandera, a cualquier precio, aunque amontonen a las personas en un solo lugar y dejen a pueblos enteros sin Cristo. Me parece   puedo estar equivocado   que estamos en una alocada carrera por escalar el monte Everest. Queremos llegar primero, pero si nos fuera imposible, necesitamos colocar igualmente nuestra bandera para que por lo menos flamee allí para siempre.

Esto se parece más a un juego de niños que a una guerra feroz contra el diablo y sus ángeles caídos, por la conquista de pueblos que están sin la luz de Cristo. Perdónenme si estoy criticando demasiado, pero es muy importante que miremos dentro de nosotros mismos y de nuestras organizaciones, y sondeemos nuestras motivaciones reales.

Por otro lado, se necesita cooperación en el entrena-

miento. Los seminarios deben conversar con las agencias y con el campo misionero para saber cuál es el perfil del obrero que tiene que ser reclutado. Al contrario, estamos cerrados a nuestros currículos herméticos, y entrenamos a los candidatos de acuerdo con nuestra propia conciencia. No digo que esté mal, sino que parece ser impropio si deseamos alcanzar a otras culturas. El diálogo amoroso y sincero hará que nos acerquemos más y más y construyamos puentes permanentes.

¿Por qué las iglesias hacen reclamos a las escuelas de Misiones y éstas a las iglesias? Es simple: no hay diálogo, no hay aproximación. Las escuelas reclaman para ellas el derecho de conocer más, de tener más cultura; las iglesias se consideran más espirituales, sin nada que ver con el «corrompido estudio» que las rodea. Nuevamente nos parecemos a niños que pelean por su juguete preferido. ¡Basta de semejante actitud! ¡Démonos las manos! ¡Vamos a empujar juntos! ¡Harambee!

2

La iglesia local y el envío de misioneros

LA IGLESIA LOCAL es la madre que da a sus hijos para la obra, pero hay que cuidar mucho de ellos para no perderlos. Este es un punto de gran importancia en nuestros días. Parece que cuando tenemos un candidato, lo enviamos a la escuela de Misiones con la bendición y el consejo: «¡Vuelva hecho un misionero!» Por supuesto que no debe ser así. Nuevamente la teoría de lo obvio: los misioneros nacen en las iglesias locales, pues son vidas que allí fueron alcanzadas por el evangelio de Cristo, allí crecieron y allí fueron llamadas por el Señor.

Si queremos ver nuestro mundo alcanzado, las iglesias locales necesitan entender primero esta dinámica. Los misioneros están en el seno de las iglesias y deberán ser enviados por ellas. ¡La iglesia es la cuna de los misioneros!

Reclutamiento

Por reclutamiento entendemos la acción de la iglesia de recibir a los que Dios llamó al trabajo misionero. Podemos decir que el reclutamiento exige un cuidado muy grande por parte de la iglesia local. Cuando tenemos una persona o un matrimonio, miembros de la congregación, que quieren trabajar a tiempo completo para el Señor, ¿qué debemos hacer?

Misionero local

Este es el que creció en la iglesia y se presenta como candidato para la obra. ¿Qué cuidados debe tener la iglesia? ¿Cuáles son los requisitos? ¿Qué tipo de ministerio deberá desarrollar? Estas y otras preguntas deberán estar en la mente de la iglesia. Veamos las calificaciones necesarias:

Ser un creyente con vivencias apreciables en la vida cristiana

Por apreciable quiero decir una vivencia en que la iglesia haya reconocido madurez cristiana para el desempeño del ministerio. Aquí tenemos otras dos cuestiones para responder:

1. *Candidato sin preparación formal*. Este se está presentando como candidato para su capacitación en un seminario teológico. Muy bien, pero ¿qué madurez tiene él para enfrentar las comunes adversidades de esta época? Se sabe de casos en que jóvenes candidatos (con vocación) entran al seminario con todo el «fuego» por la obra

y se encuentran con un enorme «glaciar» de desánimo e incredulidad. Sin madurez, este joven sufre y muchas veces abandona la capacitación.

La iglesia debe definir una preparación «no formal» antes de enviarlo a un seminario teológico. Esta preparación debe ser aplicada por el departamento de Misiones y supervisada por el pastor o un líder capacitado, con un serio proceso de evaluación del llamado. Muchos se presentan como candidatos por un estímulo emocional. Esto es un peligro. Verifiquemos las informaciones dadas por el candidato, sin miedo de estar pecando. Pecado es creer en todo, sin sabiduría ni discernimiento, pues podemos estar ayudando a la destrucción de un futuro ministerio.

2. *Candidato con preparación formal*. Este ya pasó por el seminario o escuela de Misiones y se presenta a la iglesia para el trabajo propiamente dicho. En este caso la iglesia necesita conocer su desempeño durante el tiempo de entrenamiento, su testimonio en la escuela, su desarrollo en la práctica ministerial, etcétera. Debe ser evaluado también en cuanto a su preparación espiritual, su carácter y su seriedad en el trabajo. No debemos suponer que una preparación formal haya ofrecido lo suficiente para el futuro misionero.

Tener experiencia suficiente en la iglesia local

Con esto quiero decir que quien verdaderamente envía al obrero es la iglesia local y no la agencia. Quien evalúa la vida y el trabajo del misionero es la iglesia. En Hechos 13 vemos a Saulo (Pablo) y Bernabé siendo enviados por

la iglesia de Antioquía. Ellos eran los más capacitados del equipo pastoral y la congregación, reconociendo el ministerio de ambos, ¡los envió sin miedo! Había confianza para tal procedimiento.

Estar sumiso a las decisiones del departamento de Misiones

La iglesia necesita entender que no es una agencia de turismo, pronta para satisfacer los deseos de las personas. Es necesario que el departamento de Misiones tenga estrategias bien definidas, como por ejemplo: naciones no alcanzadas, definición de los pueblos y países para alcanzar dentro de ciertas áreas (ventana 10/40, por ejemplo) señalamiento de los que se procurará alcanzar en primer lugar. Si un candidato no encaja en las estrategias de la iglesia, podrá haber un consenso sobre el asunto, hasta entenderse un cambio de planes. Digo estrategias bien definidas, pero ¡sin rigidez! Debemos comprender la estrategia de Dios en todo el proceso. Mi énfasis se da en términos de una actitud coherente, sin miedo al diálogo, que tiene como objetivo la mejor decisión para la obra de Dios.

Presentarse a la iglesia antes de hacerlo a la agencia misionera

Esto se debe a la necesidad de tener un acompañamiento de la iglesia en los planes trazados por los misioneros. Es muy común que un obrero inicie el proceso de reclutamiento en una agencia misionera y después de te-

ner todo arreglado se presente a la iglesia para pedir sostenimiento. ¿Por qué esta inversión? Las iglesias deberían acompañar a sus obreros en el proceso de reclutamiento, porque hay una necesidad de que el pueblo de Dios reconozca que aquel obrero realmente fue llamado y está en las oraciones de todos.

Prepararse adecuadamente

He encontrado a personas que desean ir al campo lo más rápido posible y se rebelan contra cualquiera que le aconseje un entrenamiento más prolongado. ¿Por qué salir corriendo? Podremos, con una buena capacitación, ganar algunos años en el campo; mas sin ella seguramente perderemos mucho más. ¿Cuántos misioneros frustrados, sin preparación cultural ni lingüística, terminan por quemar todo el trabajo antes iniciado?

Saber escuchar y estar siempre dispuesto a aprender

Seamos sinceros. Tenemos algunos misioneros que pretenden ser Carey, Livingston o Taylor, pero demuestran mucha falta de tacto y sensibilidad al pensar que lo saben todo. ¡Esto es terrible! El candidato necesita ser evaluado en cuanto a la facilidad con que aprende y a su humildad delante de los que están enseñando. ¡Los que demuestran soberbia y egocentrismo deben quedarse! No hay lugar para los que se creen independientes del liderazgo y de la enseñanza adecuada, pues ¿cómo se conducirán en el campo, frente al liderazgo local?

Misionero asociado

Hasta aquí hablamos de los misioneros locales. Del otro lado están los misioneros asociados, que fueron adoptados por la iglesia local pero no pertenecen a ella. Cuando uno de ellos viene a solicitar cooperación en su sostenimiento, la iglesia se encuentra frente a frente con un misionero y toda una gama de necesidades. ¿Qué hacer? Veamos algunos puntos que considero muy importantes.

Aquí, además de realizar entrevistas y de llenar formularios, la iglesia debe actuar como quien cuida lo que no es suyo: con mucho temor a equivocarse. Los misioneros que vienen de afuera deben reunir todas las características citadas anteriormente para los misioneros locales. Y algo más: sus pastores deben ser consultados para que opinen confiadamente sobre el obrero, con respecto a la vida espiritual, carácter, ministerio desarrollado, relaciones interpersonales etcétera. Y además de esto debe:

Dejarse conocer por la iglesia

La iglesia necesita conocer al obrero y a su familia, tener un tiempo de convivencia con ellos y observar no sólo su predicación sino también su vida cotidiana. La iglesia debe abrir espacio para esto en las casas de los miembros, promover momentos de compañerismo, conversaciones y situaciones en que el misionero pueda abrirse, hablar de sus sueños, de sus aspiraciones. He visto varias veces a obreros que desean sustento de una iglesia local y envían sin ninguna consideración apenas un

plan de actividades y una carta de solicitud de dinero. La iglesia no es un banco ni una fundación de ayuda a misioneros. Si no hubo conocimiento mutuo, difícilmente habrá continuidad en ningún tipo de cooperación. La palabra clave aquí es *personalización*. El misionero es una persona y debe ser tratada como tal. Por otro lado, la iglesia está formada por personas que también necesitan ser consideradas.

Tener planes bien definidos

Esto es válido tanto para su participación en las misiones, como para su actuación en la agencia misionera, si pertenece a alguna. La iglesia se está quedando al margen del proceso misionero con respecto a las actividades que el obrero debe desarrollar en el campo. No siempre es posible saber exactamente lo que se ha de hacer, pero, por lo menos, puede darse una idea básica del ministerio a desarrollar. No es importante solamente conocer el obrero y el país destinatario. Necesitamos involucrarnos en el trabajo misionero como un todo. Veamos por qué:

1. *El sostenimiento no incluye solamente el salario*. Un trabajo serio tiene en cuenta todo un proyecto de actuación en el campo. Puede haber necesidad de un vehículo, material de trabajo, ayuda para nativos, viajes, seguro médico, etcétera. La iglesia debe acompañar todo esto y el misionero debe hablar sin miedo de sus necesidades. Frecuentemente veo la inseguridad con que un obrero presenta sus planes, empezando a conversar como un perdedor, como alguien que no va a conseguir ayuda.

¿Por qué este síndrome de miseria? Además, ¡la iglesia también debe sostener al misionero con sus oraciones!

2. *Un trabajo misionero no consiste solamente en plantar.* ¿Podemos enviar misioneros para apoyar? ¿Es bueno enviar al campo a alguien que ayude en el área financiera de una misión? Estas preguntas se están suscitando y demuestran cuán poco sabemos sobre las misiones. Claro, plantar iglesias, es el área más determinante del trabajo misionero; pero no es la única. Existen lugares donde necesitamos pilotos de aviones, mecánicos, constructores, médicos, enfermeros, etcétera.

3. *Las necesidades para establecer un trabajo misionero son innumerables y bastante diversas*. ¿Cómo alcanzar un grupo, en una determinada cultura, sin conocer la lengua? ¿De qué manera tendremos un trabajo eficaz, si las distancias entre las aldeas son muy grandes y el misionero tiene un vehículo -cuando lo tiene- inapropiado? ¿Cómo alcanzar de forma efectiva a un pueblo que está en guerra? Las agencias del campo necesitan ser conocidas por las iglesias locales. La ignorancia en esta área pueden traer presiones inadecuadas para el misionero por parte de la comunidad que lo envió. ¿Podemos exigir nuevos convertidos a un obrero que acaba de llegar a un campo y todavía no aprendió ni siquiera la lengua del pueblo?

Capacitación de misioneros

Nuevamente lanzamos la piedra sobre lo obvio: debemos seguir construyendo la cooperación entre la iglesia

local y las agencias misioneras. Todo lo que hablemos entre iglesias y agencias ayudará al desempeño del obrero. No podemos «tirar» más a los misioneros en las manos de otros, sin que la congregación tome su debido lugar. Quiero enfatizar aquí la necesidad de que la iglesia provea una buena capacitación antes de enviar al obrero a la escuela o agencia misionera. Es en la iglesia donde va a desarrollarse. ¿Qué áreas deberá cuidar ella?

Carácter cristiano

Esto es más serio de lo que podemos pensar. Existen algunos obreros que están actuando sin honestidad, sin obediencia ni sensatez en los campos. Podemos ver claramente esto en relación con la agencia. Supongamos que una misión resuelva enviar un obrero a un país determinado. Ocurre que, en nuestra historia, ya existen obreros allí y este novato recibe instrucciones de ser sumiso al líder en el campo. Sale con esta orden y con cara de ángel, se embarca rumbo al nuevo ministerio. Pero algo pasa en el avión y al llegar se olvida totalmente de las instrucciones y pasa a enfrentar al líder en el campo, haciendo críticas, alterando planes, no respetando, y actuando por su propia cuenta. Esto no es nada más ni nada menos que la falta de carácter cristiano. ¿Dónde están los principios de respeto a la autoridad? ¿Y lo que prometió?

¿Usted piensa que estoy inventando? ¡Esto ha ocurrido muchas veces! Recuerdo que pregunté a un grupo de misioneros provenientes de varios países sobre problemas que enfrentan los novatos, y una de la cuestiones fue

esa: que llegan criticando a los obreros más antiguos y creen que lo harán todo mucho mejor, con soluciones inmediatas, y pasan a confrontar a sus autoridades y a los planes establecidos.

En esta cuestión del carácter, hablando de falta de respeto, me refiero también a la falta de respeto por las costumbres del pueblo donde se va a trabajar. Es obvio que necesitamos tratar a las personas con el máximo de amor y comprensión. Si en un país, por ejemplo, es vergonzoso que las mujeres hablen en público, ¿por qué una misionera va a salir por las calles a predicar, sin considerar este hecho? Y si en otro lugar el vestido debe ser más largo, ¿por qué no someterse? Usted dirá: «¡Esto es falta de capacitación transcultural!» También lo es, pero la Biblia me dice que debo respetar a los más viejos. También dice que debo evitar ser piedra de tropiezo. ¿Qué es esto, si no falta de formación del carácter cristiano y amor? También es falta de humildad para preguntar y aprender. Podemos recordar aquí que el amor es lo que motivaba a los moravos. Ellos mantenían un amor y una pasión profunda y constante por Cristo.

En la propia vida de Zinzendorf se ve este amor constante. A través de más de dos mil himnos que escribió, transmitió la tónica de su vida: «Una pasión: Él, solamente Él».

Willian Wilbelforce, el gran reformador social evangélico inglés, escribió lo siguiente respecto de los moravos:

> Ellos forman un cuerpo que tal vez ha superado a toda la humani-

> dad en pruebas sólidas e inequívocas de amor a Cristo y en su devoción ardiente y activa en su servicio. Es una devoción llena de prudencia, suavizada por la mansedumbre y sostenida por una valentía que ningún peligro puede intimidar y por una seguridad tranquila que ninguna dificultad puede desanimar.

Este amor demostrado, vivido y sentido por los moravos los llevó a muchas partes del mundo para predicar la Palabra de Dios. ¡Amor como vivencia! Parece que no es exactamente esto lo que vemos en nuestras comunidades locales. Aparentemente sin querer juzgar muchos de nosotros estamos prefiriendo las grandes estadísticas y dejamos de lado la misión amorosa y sacrificial que Cristo nos dejó. Necesitamos urgentemente un retorno a la real motivación cristiana. Decimos amar a Cristo: este sentimiento es real. Mi temor es que nos quedemos presos de los sentimientos y nos vaciemos de nuestras actitudes.

¡Cuántas iglesias locales han sido literalmente divididas por la falta de respeto y de amor! ¡Cuántos están practicando la crítica destructiva, la evaluación envidiosa, la maledicencia engañosa! Engaños, disimulos y hasta robos se están produciendo en el campo misionero. Y ni hablar de las fotos mentirosas de lugares donde no trabajan, enviadas a las iglesias con el fin de recaudar sostenimiento. ¿No es triste? ¡Claro que se trata de un cuadro muy triste! Por eso creo que es necesario un avivamiento que purifique nuestras iglesias, a partir de cada hogar, de cada individuo. ¡Necesitamos ver una nueva onda de amor rompiendo la oscuridad que nos separa! Una iglesia, una, santa, sin mácula. ¡Creo que esta es la voluntad

de Dios para nosotros! Que nuestra oración preferida sea: «¡Quebrántanos, Señor!»

El amor como vivencia es el único método viable para alcanzar a los no alcanzados de este mundo a partir de la iglesia local.

Perseverancia

Este es otro elemento importante y obvio para quien quiere servir al Señor. Es muy sospechoso cuando algunos misioneros pasan unos pocos meses en el campo y regresan como «profesores» de misiones. Para mí es un ultraje la insconstancia de algunos que se proponen un trabajo y no lo cumplen. Queridos hermanos, la obra no es nuestra: es del Señor, ¡y vamos a dar cuenta de ella! Debemos capacitar a nuestros jóvenes desde ahora respecto a la perseverancia. Volviendo a la iglesia de Moravia, Grant dice: «Demostraron una tenacidad de propósito y de categoría superior».

Uno de los misioneros moravos más famosos, conocido como «el Elliot de Oriente», fue David Zeisberger. Desde 1735 trabajó sesenta y dos años entre la tribu hurón y otras en América del Norte. Un domingo en agosto de 1781 predicó sobre Isaías 64.8, que dice:

> Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros.

Poco después la iglesia y sus dependencias fueron tomadas por bandidos y ladrones indígenas. En los incendios que se sucedieron, Zeisberger perdió todos sus ma-

nuscritos de las traducciones de la Biblia, himnos y anotaciones extensas sobre la lengua de los nativos. Pero, al igual que Carey, que pasaría por una pérdida semejante en la India años más tarde, Zeisberger inclinó la cabeza, en mansa sumisión delante de la providencia soberana de Dios y reinició su trabajo.

Al leer algo así, mi corazón se llena de vergüenza. ¿Estamos siendo tan perseverantes? ¡En la época de la rapidez tecnológica, nos estamos volviendo muy impacientes! Para escribir este libro, estoy utilizando una computadora con un *software* bastante avanzado, que corrige hasta mis errores de dactilografía. ¿Nos estamos acostumbrando tanto a la comodidad que olvidamos lo que es sufrir?

Una iglesia misionera es una iglesia perseverante. Hemos visto, en muchos lugares de nuestros países, una onda de conferencias misioneras. Esto es maravilloso. Pero justamente con este moverse de Dios, nuestro enemigo está haciendo de las suyas: divisiones entre el departamento de Misiones y el liderazgo de la iglesias, misioneros enviados que causan escándalos, seminaristas que ocasionan problemas, partidos que se forman en la iglesia y causan divisiones, pastores que escandalizan al rebaño, etcétera.

Es muy desagradable darnos cuenta de todo esto, pero es una realidad y no podemos cerrar nuestros ojos. Tenemos que estar preparados para las luchas y adversidades que sobrevienen a una iglesia misionera. En muchas ocasiones tenemos que empezar todo de nuevo. Me acuerdo

de todas las veces que tuve problemas, por decidir no convertir a la iglesia en una agencia de turismo (cuando el candidato parecía seleccionar su país para un *picnic* misionero). No estamos jugando ni corriendo tras las estadísticas. No estamos vendiendo el evangelio de puerta en puerta, ni disputando créditos entre vendedores.

Es interesante notar en Romanos 5.3 que lo que produce perseverancia es la tribulación, ¡y cómo tenemos miedo de ella! A tal punto de crear una teología para huir de las dificultades, anestesiando nuestros pensamientos y emociones. Queridos: ¡crecer duele!

La perseverancia necesita ser forjada en el ambiente del cuerpo de Cristo, mientras el obrero está aquí. Cuando esté en el campo, todo será más difícil. ¿Qué hacer para que esto ocurra ahora? Creo que, como pastores y líderes, debemos servir de impulsores, ¡pero nunca de niñeras! Nuestros obreros necesitan sentir que estamos cerca, pero deben actuar en trabajos cansadores, interminables, que tiendan al desánimo, objetivando una preparación consistente en el área de la perseverancia. El entrenamiento práctico puede incluir: alcanzar un pueblo de difícil acceso en nuestra ciudad; ser introducido en un trabajo burocrático y rutinario; desarrollar un ministerio junto a nuevos convertidos, etcétera. Cada iglesia deberá conocer las necesidades de su obrero, en relación con esto. Si él no fue preparado aquí, ¿qué hará en el campo al encontrarse con un pueblo hostil, donde su trabajo no marche por años, y su comprensión de la lengua, de las costumbres y cultura sea lenta?

Sufrimiento

Quiero resaltar también la necesidad de una capacitación en el aspecto del sufrimiento. El sufrimiento se interrelaciona con el trabajo misionero y forma parte de él: no es provechoso ignorar su existencia. En su discurso Grant continúa diciendo de los moravos:

> Enfrentaron las más increíbles dificultades y peligros con notable valentía. La mayoría de los misioneros partían como *biocupacio nales*: trabajando en su profesión (casi todos ellos eran artesanos y labradores, como Dober y Nitschmann), de manera que los principales gastos eran los de envío. En las áreas de dominio de los blancos, ellos causaban gran admiración, ofreciéndose para el trabajo duro.

Ofrecían a Cristo su dedicación. Sus trabajos eran herramientas para la evangelización. Según Colin Grant:

> La ida a lugares tales como Surinam y las Antillas, significaba enfrentar enfermedades y posible muerte; los primeros años fueron de inevitables bajas. En Guyana, por ejemplo, setenta y cinco de los primeros ciento sesenta misioneros murieron de fiebres tropicales, envenenamiento y cosas parecidas.

Un himno, escrito por uno de los misioneros en Groenlandia, expresa:

> Vamos a ganar,
> a través del hielo y de la nieve,
> una pobre alma perdida para Cristo.
> Alegres enfrentamos
> la necesidad y la aflicción
> para presentar al Cordero
> que fue muerto.

Ellos dominaban la lengua sin contar con los muchos

recursos que hoy tenemos, mas plantaban sus vidas en suelo extranjero. Para ellos, sus vidas no eran tan preciosas como la predicación del evangelio. Ciertamente, ¡tenemos mucho que aprender y mucho de que arrepentirnos! Nuestro trabajo no siempre ha sido motivado por el amor que se sacrifica, que está dispuesto a morir en nombre del Señor. El valor de los moravos, en épocas realmente difíciles, penetra profundamente en nuestros corazones.

Como dice un conocido teólogo, hemos creado en nuestras iglesias «soldados de chocolate»: frente al más mínimo calor de la tribulación ¡se derriten! La fragilidad de muchos misioneros, hoy en día, revela el estilo *festivo* de nuestras comunidades locales. El ejército de Cristo está siendo débil frente a las adversidades, porque ha aprendido a reclamar ante situaciones difíciles. En este sentido reciben la corroboración de los que viven para discutir y criticar. La obra misionera no debe ser tratada como un *picnic* sin interés, que a la menor señal de hormigas en los alimentos, se termina.

Me parece que nuestros cultos nos llevan a este debilitamiento de ideas y de valor. Queremos la bendición del Señor a toda costa, queremos mejores templos, mejores bancos, no nos gustan las predicaciones largas. Protestamos ante el más mínimo esfuerzo. Nos acostumbramos a pagar por los servicios, y el trabajo voluntario se está quedando atrás. Estamos contribuyendo, sin querer, a la creación de un ejército de chocolate. No es lo que queremos, no es lo que deseamos, ¡pero es lo que hacemos!

Necesitamos de la sabiduría de Dios para llevar a nuestras comunidades locales hacia una visión y práctica misioneras. Debemos evaluar constantemente nuestro andar, nuestro caminar de fe. ¿Hacia dónde estamos llevando a nuestro pueblo? ¿En qué nivel de sacrificio están siendo instruidos?

Convivencia en equipo

¡Que área difícil! Parece que no, pero convivir con otros obreros no es sencillo. Toda la cuestión es que la convivencia genera la necesidad de transparencia, y no siempre estamos dispuestos a ella. Abrir nuestras vidas a otros llega a ser un sufrimiento. Pero, ¡nadie trabaja solo! La participación amorosa se hace necesaria, principalmente porque no tenemos los mismos dones espirituales. Somos un cuerpo que debe vivir armoniosamente, reconociendo que está formado por diversos dones y que necesitamos unos de los otros. El apóstol Pablo escribió sobre la dinámica de los dones espirituales. En 1 Corintios 12.12 enseña:

> Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.

Esta es la iglesia del Señor aquí en la tierra. Somos muchos y diversos. Actuamos de formas diferentes, porque Dios mismo nos colocó así en el cuerpo de Cristo (1 Co 12.18). Otro aspecto interesante es que debemos reconocer quiénes somos en este cuerpo: «Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será

del cuerpo?» (v. 15). Queda claro que cada uno debe reconocerse como una parte importante, sin desanimarse. Si uno es pie, ¡que trabaje como tal! Un obrero no puede estar enojado porque le hubiera gustado ser escogido para hacer otra cosa. Fue Dios quien nos colocó en el cuerpo y todos los miembros son importantísimos. ¿A alguien le gustaría perder un pie, o siquiera un dedo?

Sin embargo, hay que reconocer que tenemos límites. Pablo lo explica así: «Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato?» (v. 17). En un trabajo en equipo esto debe funcionar perfectamente. Cada uno debe hacer su parte, reconociendo que su libertad termina donde empieza la del otro. En la capacitación de una persona para la obra misionera, es importante que tengamos en mente que Dios no llamó a «estrellas», sino a discípulos. Las estrellas brillan solas, sin necesidad de otras, pero el discípulo necesita de todos los demás, en una interdependencia real y urgente. Muchos piensan que pueden resolver solos los problemas del mundo. Dicen que están actuando bajo la dirección del Espíritu, sin reconocer que el Espíritu Santo, que tanto profesan, fue quien inspiró a Pablo y a tantos otros, a explicar sobre la dinámica del trabajo en equipo. Los misioneros «individualistas» deben desaparecer: es hora de un nuevo lenguaje, más bíblico y serio. ¡Es hora de cooperación!

Podemos ver también en este texto paulino otra verdad muy olvidada: ¡cada miembro es importante!

Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles,

> son los más necesarios; y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro (22-23).

La pregunta que tenemos que hacernos a nosotros mismos es: ¿qué ministerio es más importante en la obra misionera? Tal vez algunos digan que es el de la predicación, pues ¡sin él no habría conversiones! Pero, preguntemos nuevamente: ¿qué sería de los predicadores sin los profesores que enseñan en los seminarios? ¿Qué sería de los profesores sin los que trabajan en la administración? ¿Qué sería de los misioneros sin los aviadores que los llevan a muchos lugares inhóspitos? ¿Y qué decir de aquellos que se especializan en la lengua, la sociología, la informática, la pedagogía o la medicina?

No podemos olvidarnos de que el equipo no sólo trabaja unido, sino también *convive*. Y aquí está otro gran desafío. Convivir implica ceder, abrir el corazón, reconocer al otro como superior, admitir culpas, elogiar, permitir ocupación de espacio en nuestro trabajo, desarrollar amistad familiar, etcétera. Todo esto puede y debe ser ministrado dentro de la iglesia local, antes que el misionero salga al campo. En el ambiente de la comunidad donde está inserto, el candidato a misiones podrá iniciar su preparación, andando más cerca de su pastor, reconociendo a los otros hermanos como importantes para su crecimiento, procurando hacer trabajos con otros sin desear ser el primero, etcétera. Cuando el hermano José, quien tenía como sobrenombre Bernabé (hijo de consolación), fue enviado a la ciudad de Antioquía con el objetivo de cuidar a la iglesia que estaba naciendo, en seguida reco-

noció que necesitaba un compañero, y fue a Tarso a buscar a Saulo. Cuando lo encontró, lo llevó a Antioquía, y por un año se reunieron allí y enseñaron a una numerosa multitud (Hch 11.25-26). ¿Habría Bernabé conseguido algún resultado sin la ayuda de Saulo?

Es interesante notar que un liderazgo que trabaja en equipo, sugiere la creación de otro ministerio en equipo. En Hechos 13.1 leemos:

> Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo.

Los primeros dos dieron a luz otros tres. Hay un crecimiento saludable, sin estrellatos, ni «caciques» dominadores. Hay un respeto, una convivencia armoniosa que generará más equilibrio. Un trabajo en equipo no es fácilmente destruido en caso de que el líder se retire. En el sistema más tradicional de ministerio, en el cual colocamos sobre las espaldas del pastor nuestra frustración ministerial, reclamando su acción completa y exigiendo que demuestre todos los dones del Espíritu, esto no sucede. Si el pastor se retirara por cualquier motivo, mucho del trabajo se terminaría, por estar basado en una sola persona.

¿Cómo capacitó Jesús a sus discípulos? ¿Por qué escogió a doce hombres para que lo siguieran? ¿Por qué los envió de dos en dos, a predicar a las ovejas perdidas de Israel? Es absolutamente claro que el Señor les estaba enseñando que la convivencia en equipo tiene varias consecuencias benéficas:

1. *Protección*. La cooperación en el trabajo ayuda al equipo, protegiéndolo de ataques comunes. Uno ayuda al otro, uno se apoya en el otro, uno protege al otro. Fue el Señor quien nos enseñó que:

> Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto (Ec 4.9-12).

2. *Estímulo al diálogo*. ¿Quién no necesita conversar de sus problemas, carencias, dificultades de realización, frustraciones? En equipo hay una gran posibilidad de aumento de confianza entre sus miembros y el diálogo aparece espontáneamente. Imagine cómo se sentirá un misionero en tierras extrañas, con una lengua difícil y costumbres tan diferentes de las suyas. ¿Qué hacer? ¿Cómo actuar? ¿Cuáles son los ejemplos que podemos ver en la historia? Son preguntas que pueden ser estimuladas y respondidas en equipo.

3. *Ayuda mutua*. Es más que obvio que un equipo tiene más posibilidades de realización que un individuo. La división de trabajo, las preguntas que exigen respuestas rápidas, las definiciones en cuanto a la problemática del campo (por ejemplo, un lugar sin agua potable y con proliferación de enfermedades) serán mejor atendidas en un equipo que entiende su papel.

4. *Ruptura de las barreras culturales*. Vemos en Hechos 13.1 que las nacionalidades del equipo eran diferen-

tes. Bernabé era de Chipre, judío, levita; Saulo, judío de herencia farisaica; Simón era negro, tal vez proveniente de África; Manaén había sido criado con Herodes, el tetrarca (el heredero de las provincias de Galilea y Perea, asesino de Juan Bautista); y Lucio era de Cirene, ciudad del norte de África. La convivencia en un equipo como éste, ciertamente nos hace pensar en nuestras culturas y costumbres. Imagine a un norteamericano conviviendo con un africano. Aquél es «orientado al tiempo» mientras que éste es «orientado al evento». Mientras uno anda basado en su reloj, el africano vive la vida según las necesidades del momento. Para él, si todavía no ordeñó a su vaca, ¡no hay problemas en atrasar el inicio del culto!

5. *Incentivo a la persistencia*. Por más que un equipo esté bien formado, sus miembros tendrán que adecuarse a los momentos. La paciencia será fatalmente estimulada, teniendo en vista la necesidad de la convivencia. Recuerdo la historia de una misionera brasileña que tuvo que vivir algunos meses con una misionera alemana, por falta de viviendas en aquella ciudad. Cuando lavaba los platos, se encontraba con la siguiente orden: «¡No enjuagues después de lavar con jabón! ¡No le saques la limpieza a los platos!» Imagine la situación. Los brasileños tienen la costumbre de lavar los utensilios de la cocina y enjuagarlos para sacarles todo el jabón. ¿Es necesaria la paciencia o no?

Capacitación en la Palabra

No es posible que tengamos misioneros que no conozcan la Biblia. Esto es totalmente inaceptable. Pero infe-

lizmente, la verdad es que algunos no fueron enseñados en la Palabra de Dios, porque dejaron toda la responsabilidad a la escuela de Misiones. Esta dice que la responsabilidad en dicha área es de la iglesia, pero, la iglesia a su vez espera que la escuela enseñe toda la Biblia al candidato. En este vaivén de declaraciones, sobran los misioneros mal preparados, que no están listos para un análisis crítico del pensamiento cristiano de la actualidad.

Ahora, ¿que hay más obvio que la necesidad de que un misionero conozca la Biblia en todos sus aspectos?

Problemas que pueden enfrentar los más faltos de preparación

1. *Pérdida de puntos de referencia*. ¿Será que todo es relativo? En una cultura donde es lícito para el marido dejar a su mujer si ésta no le puede dar un hijo, y unirse a otra, ¿cómo debe actuar el misionero? ¿Y si la cultura da ventajas al marido en detrimento de la mujer? El misionero necesita tener sus puntos de referencia bien en claro, o corre el riesgo de perderse ante la fuerza de las costumbres.

2. *Falta de visión del reino de Dios*. Es interesante este punto. Cuando más se conoce la Palabra de Dios, más se comprende que la unidad del cuerpo de Cristo debe ser real y práctica. ¡El denominacionalismo exagerado es antibíblico! Pero estamos viendo una exportación denominacional hacia otras culturas, que traspasa los límites del buen sentido. ¿Qué trabajo misionero puede subsistir con tales divisiones denominacionales, donde

hay más riñas que ministerios basados en la amistad y el compañerismo?

3. *Enseñanza pobre*. Podemos decir: ¡esto es obvio! Pero no es lo que se predica por ahí. Hay personas llamadas que piensan que no es necesario estudiar mucho para ser misionero. Me encontré cierta vez con una joven que decía: «Quiero ser misionera, pero no pretendo estudiar más que un año». ¿Por qué esa prisa? ¡La inversión en el estudio nunca da pérdidas! Un misionero necesita saber más que un pastor. Su esfera de actuación es bastante más diversificada y frecuentemente será exigido en el área de la enseñanza, en iglesias o escuelas. Por más que digan que el pueblo donde irá a trabajar es extremadamente sencillo, quiero dejar claro que nadie habla al más humilde, si no domina completamente el asunto.

4. *Inseguridad frente a situaciones que exigen un total conocimiento bíblico*. Un niño musulmán de aproximadamente doce años de edad, ya sabe de memoria los 6.666 versículos del Corán. Memorizados los textos, seguirá aprendiendo sobre el islam durante toda su vida. Para él, su vida hará parte de su religión y no lo contrario. Muy bien, ¡enviamos a estas personas a nuestros misioneros con una capacitación de cuatro o cinco años de seminario! ¿Cómo esperar grandes resultados? No es por casualidad que estamos viendo a cristianos que se convierten al islamismo. El Señor Jesús ya había advertido: «Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios» (Mt 22.29).

Cooperación de la iglesia en la capacitación

¿Cómo puede la iglesia local cooperar con la capacitación bíblica del candidato para el trabajo misionero? Creo que todo debe empezar a partir de una visión correcta de parte de la iglesia, con respecto a lo que son las misiones.

En primer lugar, es necesario que la iglesia tenga su *propósito bien definido*. ¿Por qué existe la iglesia? ¿Para qué sirve? Por increíble que parezca, creo que la mayoría de nuestras comunidades no saben definir su propósito. De allí los excesos de ministerios, sin encaje correcto entre ellos. Yo fui pastor de una iglesia y definimos su propósito como: «Glorificar a Dios, alcanzando nuevas personas con el evangelio de Cristo en nuestra ciudad, país y mundo, haciendo discípulos que hagan otros discípulos, enseñándoles a guardar toda la Palabra de Dios». En la iglesia donde ministro actualmente como pastor de misiones, tenemos el siguiente propósito: «Glorificar a Dios y, bajo el poder del Espíritu Santo, capacitar a todos los miembros para que hagan discípulos a todas las naciones».

De esta manera es más fácil trabajar, pues sea cual sea nuestra acción, debe pasar por el propósito de la iglesia.

En segundo lugar, es imprescindible un *departamento de Misiones que entienda su función*. Quiero decir con entender su función el hecho de que un departamento no hace el trabajo misionero, sino que coopera para un despertar de la iglesia en esa área. Esto hace la diferencia,

porque un candidato se beneficiará de la visión misionera de todo el pueblo y no de solamente algunos.

Pero, ¿qué tiene que ver con el entrenamiento que un obrero necesita en la Palabra de Dios? Es sencillo: Una iglesia con un propósito bien definido y con un departamento de Misiones serio, recibirá a los candidatos al ministerio con toda seriedad y compromiso cristiano. Una iglesia con visión misionera se perfeccionará en su Escuela Dominical; tendrá cursos bíblicos a su disposición; implementará un programa serio de discipulado; tendrá comprensión exacta de la importancia de su candidato para ser enviado al seminario, con una base bíblica consistente; mantendrá un programa de capacitación de candidatos, con estudios bíblicos, misioneros, biográficos, etcétera. Creo que tendríamos menos problemas si todo esto se cumpliese.

Sostenimiento

¿Cuánto invierten las iglesias locales en las misiones? Nos quedaremos asustados si oímos los informes financieros, pues se gasta más en el local donde la iglesia está que en la expansión sistemática del reino de Dios. ¿Por qué? Los factores son muchos, pero lo principal, a mi modo de ver, es la falta de visión correcta en esta área.

¿Por qué enviar misioneros a campos tan distantes?

¡Tenemos personas muriendo de hambre en nuestro país, también!

¡Tenemos que construir nuestro templo! Enviar misio-

neros, además de dar trabajo, ¡es pérdida de tiempo y dinero!

Infelizmente, estas son algunas consideraciones que, aunque no son verbalizadas, existen en la mente de muchas personas.

Cuando una iglesia entiende su papel en el mundo y que debe predicar el evangelio a toda criatura, pasa a ver la realidad de sus misioneros. En lo referente al sostenimiento propiamente dicho, debemos considerar algunos aspectos importantes:

Cada campo misionero tiene su costo de vida

Las agencias misioneras tienen el control sobre esto. Debemos someternos inteligentemente a los números, en vez de hacer comparaciones vanas como: salario del misionero vs. salario del pastor; costo de vida en el país de origen vs. costo de vida en el campo, etcétera.

Las agencias denominacionales trabajan diferente de las agencias independientes

Esto tiene que ver con la manera de recaudar dinero. Una agencia denominacional es centralizadora, o sea, recibe ofrendas de sus iglesias locales y las envía a los misioneros según criterios internos. Las agencias independientes por su parte desafían a sus candidatos a levantar su sostenimiento, de acuerdo con los valores de cada campo. La primera actitud, en mi opinión, es más limitada, pues impide un aumento importante en el número de misioneros. El presupuesto está siempre en el límite. En

la recaudación de sostenimiento por el propio misionero existe una flexibilidad mayor. Las agencias solamente tienen que administrar los recursos, en vez de buscarlos para todo un equipo de misioneros.

La iglesia local debe comprender que es mejor un misionero sostenido dignamente que varios en condiciones precarias

En este ritmo alucinado en que vivimos, preferimos los números a la calidad. Algunas iglesias proclaman en alta voz que mantienen decenas de misioneros cuando, en la realidad, envían una cantidad mínima para cada uno, sin saber exactamente lo que hacen en el campo.

Las iglesias locales deben considerar al misionero cuando está en el campo y cuando vuelve

Enviar sostenimiento para el misionero cuando está allá en el campo y despreciarlo cuando vuelve a casa, ¡es pecado! ¡El obrero es misionero, y tiene necesidades, tanto aquí como allá! Es común ver esta actitud en las iglesias que se dicen misioneras. Es obvio que tendrán que establecerse criterios, pero el buen sentido y la caridad cristiana no pueden ser olvidados jamás.

La perseverancia en el envío del sostenimiento es de vital importancia para el misionero

El obrero no tiene conocimiento real de la situación en su país de origen en cuanto a inflación, desempleo, etcétera. Y por eso no puede evaluar los problemas de una

iglesia en la cuestión financiera. Si a esto se le suma el corte del envío del sustento mensual (es muy común avisar hoy que no van a enviar mañana), el obrero entrará en crisis. La iglesia necesita ser fiel en sus promesas. Si hubo un compromiso con el misionero y su familia, que este trato sea cumplido rigurosamente. La falta de perseverancia en el envío del sostenimiento está causando grandes problemas para las agencias y para los misioneros en el campo.

El sostenimiento en el campo debe ser digno

Dignidad es una palabra que no existe en el vocabulario de muchas personas. Cuando una agencia misionera no define el valor del sustento, es común que la iglesia lo haga, sin el mínimo respeto a las necesidades del campo o del misionero. Estamos viendo a muchos obreros pasar necesidades porque no hay dignidad en su sostenimiento. Podemos verlo en la propia vida de los pastores. Son pocas las iglesias que entienden con amor y desprendimiento las necesidades financieras de su pastor. ¡Ni que hablar de los misioneros!

Pastoreo de los candidatos y los misioneros

Los pastores deben ver a sus misioneros como personas y familias que carecen de aconsejamiento pastoral. El tratamiento del pastor sanará heridas, amortiguará crisis, incentivará a los cansados y bendecirá a todos. Esta dinámica de ministerio no debe ser descartada bajo ninguna circunstancia.

Algunos piensan que el obrero será de alguna manera cuidado por la agencia que lo envió. Esto es un engaño. Es claro que habrá tentativas, pero nada parecido a la atención pastoral de aquel que conoce a su oveja y se preocupa por ella.

Imaginemos una agencia misionera internacional. Muy bien, nuestro misionero aprendió inglés (lengua generalmente desarrollada en esta agencia) y se arrojó al campo. Allí empieza su proceso de choque cultural (digo proceso porque es extenso) y él intenta sobrevivir en este desafío. Los colegas de la agencia (de otros países) que están en el mismo campo, procuran ayudarle y hablar con él, pero, aquí sucede un segundo choque: nuestro misionero descubre que su inglés no es suficiente para una buena comunicación. Lo intenta pero no puede, percibe que le falta conocimiento de la cultura que está por detrás de la lengua. ¿Y ahora? ¿Cómo será atendido en sus necesidades?

Esto es apenas una pequeñísima parte de una relación internacional. ¿Qué hacer? ¿Vamos a descartar a las agencias y trabajar solos, imponiendo, entonces nuestra sagrada lengua latina como lengua oficial de nuestra misión? Este es un tema que necesita equilibrio. Mientras estudiamos más profundamente el asunto, el pastor del obrero debe «estar en la jugada», ministrar al cansado y sufrido obrero, sin demora.

Algunos tal vez digan: «¿Pero, cómo? ¡Nuestra iglesia es pobre! ¿Cómo iremos al campo?» Espero poder ayudar con algunas sugerencias. En primer lugar debe haber

una correspondencia que vaya más allá del «¿Cómo estás?». Es necesario ofrecer apoyo, en vez de solamente exigir informes. El pastor que gana la confianza del obrero aquí en su propia patria, tendrá una oveja en cualquier parte del mundo. Una conversación sincera a través de una carta consistente podrá confortar y bendecir al misionero, dondequiera que esté. Otro aspecto importante es el envío de mensajes pastorales (audiocasetes o videocasetes) para una ayuda en la alimentación espiritual del obrero. Todo esto, sin embargo, no descartará la necesidad de la visita al campo. La visita es imprescindible, para una visión más real y para que haya posibilidades de saber cómo vive el obrero, cómo es el pueblo donde vive, dónde trabaja, cómo es recibido por las personas, su conocimiento y su reacción frente a la cultura, etcétera. Cooperará mucho, para que el pastor pueda rellenar el cuadro real de necesidades.

Me acuerdo de una visita en que encontré el matrimonio de misioneros desanimado, con dificultades para relacionarse ¡y solos! Pude participar como consejero, en el campo misionero, atendiendo a una gran necesidad y experimentando la liberación del Señor. En otro país vi las lágrimas de la esposa del obrero, en el mismo instante en que pisé su casa. Fue la primera vez que recibían este tipo de visita. Otro misionero estaba bastante desanimado, con nostalgia, solo y muy cansado. Pude conversar, ministrar sobre su relación con los otros misioneros y orar. ¡Qué alegría cuando él me dijo que estaba libre y mucho más tranquilo!

Vale la pena que la iglesia invierta en la vida de su pastor, para que mire también a aquellos que no son héroes sino obreros, ¡con caras de personas, olor de personas, actitudes de personas!

Supervisión

Desde este punto en adelante, las iglesias, excepto algunas, se olvidan del misionero y dejan todo a la agencia misionera. La supervisión del trabajo en el campo no es solamente tarea de la agencia enviadora, sino también de la iglesia enviadora. A continuación explicamos algunas razones:

El misionero debe dar informes confiables a su iglesia

Esto es bíblico. Pablo y Bernabé al volver de su primer viaje misionero, reunieron a la iglesia y le contaron cuántas cosas Dios había hecho por intermedio de ellos (Hch 14). En nuestra época con grandes posibilidades de información rápida (teléfono, fax, computadoras, etcétera) tenemos la facilidad de obtener las informaciones necesarias para la oración y los cuidados pastorales eficientes. La iglesia es la que tiene que ocuparse de estas cosas y no la agencia.

La buena supervisión nos traerá mejores posibilidades de cuidado pastoral

Un obrero «abandonado» en el campo (lo que no es muy infrecuente), tendrá pocas posibilidades de resolver

sus problemas personales en el área del cuidado pastoral, o sea que él mismo no pastoreará bien a sus ovejas.

La iglesia estará mejor informada y, consecuentemente, más interesada

¿Ha notado usted qué poco informadas están nuestras iglesias? Aparte de la ignorancia en relación con el mundo, su geografía e historia, muchos ni saben en qué lugar está el misionero o lo que hace. ¿Cómo orientar la oración eficaz?

La buena supervisión evita un falso trabajo misionero

Que el misionero haya pasado por todas las fases del reclutamiento, no implica que carezca de posibilidades de error. Muchos llegan al campo y se frustran, no soportan las presiones, persecuciones y disturbios, y por sentirse avergonzados no regresan al país de origen ni se abren al respecto del problema. Esto genera un «falso trabajo misionero» y consecuentemente frustraciones de ambas partes: iglesia y obrero. Si existe supervisión habrá también un acompañamiento del trabajo.

La buena supervisión atenderá al misionero en las cuestiones más detalladas y escondidas

Muchos misioneros se sienten un «peso» para la iglesia y sus sostenedores. Existen casos de problemas familiares no resueltos, porque no fueron dichos por el obrero. Me acuerdo de un misionero que tuvo problemas con su hijo adolescente. Cuando éste necesitaba ciertas pren-

das de vestir, no había dinero. Apenas recibían para comer, ¡cuánto menos para ropas! El joven estudiaba con otro muchacho de aquella cultura y las exigencias eran normales. Y entonces, ¿cómo solucionar esta cuestión, teniendo en cuenta que el misionero ya estaba con un grande desfasaje en su sostenimiento? Una supervisión amorosa, a través de una visita al campo, podría fácilmente percibir el problema y resolverlo.

Una buena supervisión promueve la capacitación de la iglesia para las misiones

Al enfrentarse con las exigencias del campo misionero, la iglesia será desafiada a estudiar más y prepararse para enfrentar nuevos momentos.

Regreso del campo

Algunas agencias misioneras llaman a este: período de regreso o *furlough* o *home assignment*. De cualquier manera, se trata del tiempo en que el misionero vuelve a su tierra natal, después de un período de trabajo en el campo. Cuando se trata de un período dentro de su ministerio, o sea que no vuelve para quedarse, el regreso es necesario para:

Descanso

El misionero descansa junto a su pueblo, su cultura, su lengua, si bien tendrá, evidentemente, un choque cultural de regreso: ya no conoce su país, su economía e historia reciente. Su familia cambió, él cambió, sus hijos no tie-

nen amiguitos aquí, etcétera. Pero el descanso es merecido e importante, pues reconoce la necesidad del siervo de Dios.

Actualización

El obrero podrá hacer un curso complementario, estudiar algunos temas que considere necesarios, o empezar un curso de posgrado. De cualquier forma la actualización es sumamente necesaria.

Divulgación

También este tiempo en el país es una excelente oportunidad para que el misionero comparta las necesidades del campo nuevos obreros, proyectos especiales, vehículos, aparatos de música, etcétera y de la propia misión para la cual trabaja.

Este es un momento muy importante para toda la obra, porque aquí las personas responden a los desafíos, justamente porque el misionero los comparte.

Tratamiento de la salud

¿Tendremos a veces la impresión de que los misioneros son superhombres? La verdad es que esta impresión está generando serios problemas en la obra de Dios. Los misioneros ¡son nada más y nada menos que personas! Necesitan tratamiento médico y odontológico, y a menudo con urgencia. Si el regreso es definitivo todo esto puede suceder o no depende del involucramiento futuro del obrero con la obra misionera.

Para que todo esto ocurra con diligencia y tenga el mejor aprovechamiento posible, tanto para el obrero y su familia, como para el trabajo que realiza, la iglesia local deberá cooperar eficazmente, lanzándose en el deber de asumir un trabajo consistente y serio en este aspecto también.

Cooperación de la iglesia local con el regreso del misionero

Lugar para vivir y medio de transporte

El misionero al volver a su país de origen no tiene una casa donde vivir. Ha dejado todo para hacerse un ciudadano en aquella nueva cultura. ¿Y ahora? Cuando vuelve con su familia, ¿dónde vivirá? Algunos tienen familia que los ayude, pero, no es la realidad de la gran mayoría. La iglesia debe ser sensible para atender esta necesidad con sabiduría. El medio de transporte también es importante. Siempre hay alguien que puede prestar su automóvil por un tiempo determinado.

Atención médica y odontológica

Desde que hay necesidad en esta área, compete a la iglesia la amabilidad de proveer todo. Muchas congregaciones tienen en su membresía a médicos y dentistas. Estos profesionales pueden ser desafiados a participar de tal emprendimiento.

Descanso

Aquí quiero hacer una importante crítica constructiva. La condición humana del misionero está olvidada. Él y su familia necesitan momentos de diversión, momentos de recuperación física y emocional. Imagine que un misionero haya venido de un país donde hay una guerra civil. En la mejor de las hipótesis las agencias enviadoras y las iglesias, van a querer oír todas las experiencias que tuvo allí. Mientras tanto, la persona del misionero necesita restauración. No podemos permitir que exista este vacío en su vida. Si preguntáramos a este batallón de obreros cómo desearían ser recibidos, después de un período de trabajo en el campo, creo que muchos dirían: ¡Como personas normales! El gran grito es: «¡Quiero ser tratado como una persona normal!»

Agenda de divulgación del trabajo

Recuerdo a un misionero que estuvo fuera del país por un buen tiempo. Muchos lazos fueron deshechos, y otros contactos fueron olvidados, sin contar que algunos se mudaron y otros dejaron la fe. La iglesia enviadora tiene la obligación de proveer una agenda para el misionero, de manera que él pueda hacer un trabajo de divulgación serio y estratégico. ¿Dónde hablar, con quién conversar, qué tipo de ministerio poner en primer lugar? Estas son preguntas que la iglesia enviadora debe responder.

Recuperación emocional y espiritual

Tal vez un psicólogo cristiano pueda ser invitado a

ayudar al misionero. La atención pastoral debe ser sistemática, y es bueno fomentar las reuniones con amigos verdaderos: en ellas los corazones se abren, se explican las necesidades y las heridas son sanadas.

Siempre digo que los pastores y misioneros, salvo excepciones, son personas solas. No consiguen abrirse, porque no confían, o no quieren exponerse delante de personas que pueden entender mal. Necesitan desarrollar amistades verdaderas, desinteresadas y amorosas.

Personalización delante de la iglesia

Esto significa que el misionero debe ser conocido, no solamente a través del púlpito y de sus historias contadas en la Escuela Dominical, sino en la vida cotidiana. Los miembros de la iglesia podrán recibir al misionero y su familia para almorzar, otros para cenar, otros para tomar un té. La iglesia vivirá un poco la vida del obrero y se sentirá más cerca de él. Me acuerdo de momentos en nuestra iglesia en que, al leer la carta del misionero en el culto, muchos lloraban de añoranzas y amor. ¡El misionero no es una mercadería! El misionero es una persona con todas sus características.

Oportunidades para hablar en la iglesia, en conferencias misioneras y otras actividades

La iglesia tiene mucho que aprender del misionero. El apóstol Pablo escribió la epístola a los Filipenses bajo el impacto de las misiones. Él explicó el efecto de una ofrenda, su actitud con respecto a ella y su visión de coo-

peración (vea Flp 4). La iglesia no solamente debe oír las tristezas o cosas graciosas, sino también estudios y predicaciones. El misionero tiene mucho que decir de sus experiencias con Dios y de una teología como vivencia.

No es raro ver casos de misioneros que se quedaron tres o cuatro años en un campo y reciben en un determinado evento sólo cinco o diez minutos para hablar. ¿Dónde está nuestra comprensión de la importancia de las misiones? El misionero puede hablar con personas de otra cultura, pero ¿no tiene cultura para hablar en nuestras iglesias?

Recuerdo una conferencia misionera que organizamos en nuestra iglesia. El departamento de Misiones decidió traer como oradores, solamente a misioneros. ¡Fue exitoso! Dios nos habló poderosamente a través de cada uno de ellos. La iglesia se sintió alimentada y desafiada. Hubo una verdadera demostración de amor de la iglesia para con ellos, dádivas amorosas, y mejor entendimiento.

Respeto para con el misionero y su familia

Oí de un misionero que había trabajado durante cuatro años en una cultura muy diferente de la nuestra, y al llegar a su iglesia de origen, el pastor se dirigió a la congregación diciendo: «Tenemos aquí, hermanos, a nuestros obreros, ¡y vean qué flaquitos están!» Es necesario respeto. Si el misionero sufre o no, no necesita ser observado como un animal enjaulado. ¡La iglesia debe respetar al obrero y amarlo como Cristo nos amó!

Ambiente familiar

Cierto pastor, con mucha sabiduría, se dirigió a un misionera y le dijo: «Sabemos que usted ya tiene su sostenimiento, y no obstante esto queremos adoptarla como nuestra hija. Sepa que usted tiene aquí padres y madres». ¿Esto no es lindo? Muchas veces el misionero se siente como un objeto de exposición. ¿Dónde está su familia? ¿Con quién podrá reír, llorar, discutir sobre los asuntos del corazón?

Apoyo logístico

Quien pasó mucho tiempo fuera de su país, no tiene idea de los cambios que en él ocurren. Si se trata de un país inflacionario, como es nuestra realidad en Latinoamérica, la moneda sufre alteraciones. Cuando los misioneros llegan no tienen posibilidad de una adaptación rápida. Aquí entra la iglesia con el importante apoyo logístico. No basta decir: «¡Bienvenidos!» Es necesario ayudarles en la dura tarea de readaptación.

3

La iglesia local y su organización misionera

SE ESTÁ HABLANDO mucho últimamente sobre cómo organizar el trabajo misionero en la iglesia local. No será esta mi tarea aquí, sino que analizaremos a continuación la actividad de la iglesia que ya está haciendo misiones, desde una perspectiva práctica.

Departamento de Misiones

Según el pastor Edison Queiroz, el departamento o «comité de Misiones está formado por un grupo de hermanos a quienes la iglesia encarga la tarea de atender y adminisrar asuntos misioneros».

Este comité o departamento tiene vital importancia en una iglesia local y debe estar compuesto de personas calificadas, con un ardiente deseo de que los pueblos conozcan a Cristo. Quiero analizar algunas situaciones que estamos presenciando en nuestras iglesias locales:

La iglesia sin departamento de Misiones

Muchas comunidades están viviendo un retorno a la Palabra de Dios, si hablamos de visión misionera, pero tienen, administrativamente, una actitud centralizada. Si un directorio o consejo de presbíteros administra todo, incluso el trabajo misionero, tendremos ciertamente muchos problemas:

1. *La centralización genera una imposibilidad logística*. ¿Cómo van a ocuparse de toda la iglesia y además de los misioneros? La mayor atención, ciertamente, recaerá sobre la iglesia local en detrimento del trabajo en los campos.

2. *Habrá mala distribución de los recursos*. Si la iglesia no tiene un programa para levantar ofrendas misioneras, se dará prioridad en el presupuesto a los obreros locales.

3. *Habrá una falta de actualización misionológica*. ¿Cómo un grupo determinado podrá cuidar de toda la vida de la iglesia y a la vez estudiar sobre el movimiento misionero mundial, realizar conferencias anuales y momentos misioneros en los cultos, cuidar del obrero, etcétera?

La iglesia con un departamento de Misiones constituido por miembros del presbiterio de la iglesia

¿Qué dificultades puede traer esto? En primer lugar las mismas que en el ítem anterior. En segundo lugar puede haber una pérdida sistemática de los objetivos misioneros. De a poco la visión se irá terminando. ¿Por qué?

Porque las exigencias locales siempre hablarán más alto. ¿Por qué enviar tanto dinero «afuera» si nuestra iglesia necesita de nuevos bancos, otro pastor, otro órgano, etcétera? Esta no es una crítica a los líderes. Es solamente una constatación de la visión localista y dicho sea de paso, necesaria que ellos tienen.

La iglesia con un departamento de Misiones sin autonomía financiera

Esta iglesia se está desarrollando en las misiones, actualizando a los miembros. Pero cuando hay que aplicar los fondos destinados para tales propósitos, encontramos dificultades. No creo que las finanzas deban ser centralizadas: tuve una experiencia al respecto y percibí las grandes dificultades que esta actitud provoca.

En primer lugar, hay una *dificultad de acción* para este departamento. Tendrá las manos atadas, pues toda inversión deberá necesariamente ser decidida por otros que excepto algunos, por fuerza de su actuación ministerial no consiguen ver las necesidades en esta área.

Otro aspecto es que el departamento de Misiones podrá *perder, de a poco, su dinámica misionera*. Si este departamento tiene por objetivo principal esparcir la visión misionera en la iglesia, pero sin condiciones de decidir en lo que se refiere a las inversiones financieras, podrá haber una interrupción en todo el proceso. Por ejemplo: es necesario realizar Conferencias Misioneras Anuales, pero es de gran importancia el mantenimiento de la llama misionera en el corazón de la iglesia. El departamento de

Misiones entiende que debe traer predicadores bimestralmente a la iglesia. Al decidir este importante acto, se encuentra con la dificultad financiera. ¡No hay dinero disponible! Los que deciden sobre las finanzas de la iglesia piensan que es mucho gasto, y que una conferencia ya es suficiente. ¿Y ahora? ¿Cómo se extenderá la visión misionera a la comunidad? Ciertamente después de algunos impedimentos, el grupo del departamento de Misiones se desalentará.

Al decir esto no quiero parecer una persona de una sola visión. Entiendo perfectamente lo que significan las necesidades locales y sus desafíos. Sé también que hay departamentos de Misiones que trabajan de las más diversas formas y que están teniendo resultados. Quiero compartir solamente las dificultades que pueden existir y sus soluciones. Hay departamentos que administran el dinero de las formas menos convencionales y están consiguiendo buenos resultados. No obstante, es bueno pensar en ciertas cuestiones que pueden ayudar a resolver conflictos y también perfeccionar nuestro trabajo en la obra del Señor.

Departamentos de Misiones con autonomía financiera

En mi opinión, este es el modo más correcto de desarrollo de la acción misionera de la iglesia local. Veamos juntos las razones:

1. *Una iglesia local no debe desempeñar un trabajo misionero solamente por un período determinado*. Veo algunas aberraciones en esta área, que causan dolor.

Cuando un misionero sale al campo, tiene establecido un período mínimo de permanencia allí. De esta manera, sostenerlo por seis meses o un año, no ayudará en nada. Cuando el misionero se encuentra en el campo desarrollando su ministerio necesita estar libre de preocupaciones al respecto. Además, ¿cómo levantará nuevamente el sustento, estando muchas veces a miles de kilómetros de su iglesia o país? El trabajo misionero debe ser continuo y por lo tanto consistente. En este sentido, el departamento de Misiones debe tener libertad de actuar conforme a las estrategias más correctas.

2. *La iglesia local debe hacer más que simplemente ayudar en lo financiero*. El departamento de Misiones podrá llegar a la conclusión de que es necesario adoptar un pueblo en oración estratégica. Los pueblos no alcanzados, son nuestro gran desafío de aquí en adelante. Enviar obreros bien preparados es nuestro gran objetivo. Para que esto ocurra, es importante que la iglesia sea llevada a tener la visión correcta al respecto. Esto implica que los miembros del departamento de Misiones se actualicen en cursos específicos; que se haga contacto con misionólogos que actúan en esta área, y que posteriormente haya un envío de obreros hacia aquel pueblo. ¿Cómo se dará satisfactoriamente este proceso, si existen impedimentos financieros?

3. *La iglesia local debe definir un sistema de recaudación de fondos para las misiones*. Puede ser que algunas trabajen con un sistema de ofrendas voluntarias en todos los cultos, y así repartan según las necesidades. Otras

pueden asignar un porcentaje de los diezmos, o también pueden tener «amigos» de misiones que contribuyan directamente al grupo que administra estos recursos. De cualquier manera, es necesario que la iglesia sepa lo que debe hacer en este sentido, y lo haga. En mi opinión prefiero la Promesa de Fe, o sea, recursos levantados del propio pueblo de Dios para un fin específico. Así el departamento de Misiones sabe cuánto tiene para usar y puede *controlar* las entradas y salidas con más facilidad.

Estrategia

Todo departamento de Misiones debe tener su administración específica, de acuerdo con la estrategia misionera de cada iglesia local. La cuestión es: ¿qué proporción se debe guardar entre la inversión financiera para las necesidades locales y las necesidades misioneras? Esto depende de la manera como la iglesia trabaje:

- Si hay solamente una entrada: creo que debemos destinar treinta o cuarenta por ciento para la obra misionera.
- Si hay una ofrenda misionera de fe: el departamento de Misiones debe trabajar para que sea también la proporción de treinta o cuarenta por ciento de la entrada de los diezmos. O sea, si una iglesia recoge cinco mil dólares por mes, no será difícil recoger aparte, solamente para las misiones, de mil quinientos a dos mil dólares. Observe que dije «aparte», no es sacar de los diezmos. Es una ofrenda levantada de acuerdo con Malaquías 3.10.

Mi experiencia como pastor, en este año de desarrollo misionero, me da la plena seguridad de decir que la iglesia que desafía a sus miembros para invertir en las misiones, dando un paso más, crece en todos los sentidos. Dios se agrada del pueblo que da con alegría (2 Co 9.7), y consecuentemente lo bendice.

Respecto a la proporción en que se debe usar las entradas de misiones, tengo la convicción que debemos destinar, como mínimo, cerca del sesenta por ciento a proyectos transculturales y cuarenta en otros proyectos.

Por ejemplo: Si entendemos a Hechos 1.8 geográficamente, tendremos:

- Jerusalén: ciudad
- Judea: estado o provincia
- Samaria: país
- Confines de la tierra: transculturales

Pero si observamos una designación más ligada a los pueblos (etnias) podremos tener:

- Jerusalén y Judea: ministerio local (ME-1).
- Samaria: ministerios locales con otra cultura (ME-2).
- Confines de la tierra: ministerios transculturales (ME-3).

Así, el sesenta por ciento de las ofrendas misioneras deberían ser aplicadas en ME-3 y el otro cuarenta por ciento en ME-1 y ME-2. La explicación para esto es la urgente necesidad de recursos para ministerios transculturales, donde no hay posibilidades para que los pueblos

tengan acceso al evangelio. En nuestra tierra, podemos evangelizar a los chinos residentes en determinado barrio, que hablan en su propia lengua, tienen sus propias costumbres y viven entre nosotros. Es mucho más fácil que tengan acceso al evangelio de Cristo, que los musulmanes que viven en las aldeas de Arabia Saudita. Es una cuestión de lógica y visión misionera.

Toda visión misionera de una iglesia local debe considerar la orden de nuestro Señor Jesús. Él nos dice: «Haced discípulos a todas las naciones» (Mt 28.18-20), lo que nos desafía a mirar a las etnias que están cerca o lejos.

Isaías 66.18-21 nos revela:

> Porque yo conozco sus obras y sus pensamientos; tiempo vendrá para juntar a todas la naciones y lenguas; y vendrán, y verán mi gloria. Y pondré entre ellos señal, y enviaré a los escapados de ellos a las naciones, a Tarsis, a Fut y Lud que disparan arco, a Tubal y a Javán, a las costas lejanas que no oyeron de mí, ni vieron mi gloria; y publicarán mi gloria entre las naciones. Y traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones, por ofrenda a Jehová, en caballos, en carros, en literas, en mulos y en camellos, a mi santo monte de Jerusalén, dice Jehová, al modo que los hijos de Israel traen la ofrenda en utensilios limpios a la casa de Jehová. Y tomaré también de ellos para sacerdotes y levitas, dice Jehová.

Este escrito de cerca de setecientos años antes de Cristo realmente nos impresiona. Es interesante notar que los primeros misioneros aquí descritos son paganos convertidos y no judíos. La iglesia del Señor Jesús es transcultural en su esencia, y debe llevar el mensaje del Señor a todas las naciones, «a las costas lejanas». Este esfuerzo no

es de una iglesia local o de una denominación o agencia misionera, sino de todo el cuerpo de Cristo.

Si intentamos comprender este trabajo con nuestros argumentos humanos, ciertamente tendríamos que concordar en que es una locura. Pero, por otro lado, si realmente somos cristianos y deseamos obedecer al Señor Jesús, no tenemos opción: debemos ir por todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura. Esta es la orden, y la iglesia debe cumplirla. Nuestros argumentos de poco o de nada valen, ante la soberana voluntad del Señor.

4

Misiones *de fe vs.* misiones con *todo asegurado*

HAY ALGUNAS DISCUSIONES con respecto a este asunto, entre las mismas agencias misioneras. ¿Cuál es la mejor manera de trabajar con respecto al sostenimiento misionero? En este sentido estamos viendo todo tipo de actitudes. Sin tener la mejor de todas las respuestas, vamos a analizar cuáles son las consecuencias de las dos formas más comunes:

Sostenimiento que viene de la denominación

Esta es la forma más frecuente de recaudar fondos. Las denominaciones históricas reciben de las iglesias locales el dinero para los misioneros y/o campos que han planeado sostener. Lejos de decir que esto está equivocado, creo que aquí hay algunas cuestiones serias que necesitan ser tenidas en cuenta en esta manera de trabajar.

En primer lugar, las entradas de las iglesias son limita-

das, o sea que llegará un tiempo en que el número de misioneros excederá a las entradas. Es común ver misioneros con sueldos insuficientes, pues la junta de la denominación no puede suplir todas las necesidades.

Otro aspecto es la distancia que se crea entre la iglesia local y el misionero. Para mí este es uno de los problemas más serios. Cuando el misionero necesita de ayuda, que no sea financiera, ¿dónde la buscará? La falta de personalización provoca una seria dificultad, no solamente en términos logísticos sino también espirituales.

También se corre el peligro de que el misionero «descanse» en la denominación, tratándola como una gran madre que amamanta a sus hijos. Digo peligro, porque la relación entre el misionero y la agencia misionera puede quedar crítica. He visto a una agencia denominacional verse obligada a disminuir el salario del obrero, por no estar en condiciones de mantenerlos dignamente. La cuestión se hace cada vez más difícil y en algunos momentos insostenible: El misionero depende de aquel órgano y ciertamente lo culpará por todos los daños que llegue a sufrir.

Hacer un análisis no es fácil, pues podemos ser injustos. No quiero que esto pase con nosotros, en este estudio. Existen puntos positivos en esta práctica; no obstante, entiendo que debemos resaltar las dificultades para encontrar soluciones. No existe una sola manera de hacer misiones: las posturas que asumamos deben ser las más próximas a lo ideal, tomando en cuenta los principios bíblicos.

En este sentido no podemos despreciar el involucramiento de la denominación. Lo que debemos hacer es mantener un equilibrio, que en estos días escasea bastante. Las juntas denominacionales, en mi opinión, deben mantener su programa de sostenimiento, en régimen de cooperación. Una parte debe venir de la denominación, y otra parte debe ser levantada entre las iglesias e individuos. Este sistema proporcionará más movilidad a la junta, tanto para sostenerse como para encarar nuevos proyectos. Si ella sólo se preocupa por mantener a sus obreros, difícilmente podrá soñar con tener más misioneros o concretar nuevos proyectos.

La cooperación debe ser deseada por todos nosotros. Este trabajo no pertenece a una iglesia o denominación o agencia. Todos debemos darnos las manos sin prejuicios y actuar en beneficio del mundo no alcanzado.

Puedo citar el caso de un misionero que recibió ayuda financiera de su presbiterio, aunque la misión que lo envió es interdenominacional. El tiempo que estuvo levantando su propio sostenimiento, el obrero constató que podía recibir apoyo de aquella institución, y así sucedió. Esto es cooperación. No debemos actuar de una forma mezquina, trabajando sólo para nuestra denominación o agencia. La iglesia de Cristo es interdenominacional e internacional.

Sostenimiento que viene de individuos

Tal práctica es bastante común en nuestros días. Son innumerables las agencias que se especializan en algún

tipo de trabajo o campo. Algunas de ellas con un objetivo a alcanzar, en términos de mantenimiento; otras establecen objetivos definidos, pero pueden dejarlos de lado si las circunstancias lo requieren. Algunas actúan con un régimen de trabajo en equipo; otras dando prioridad al individuo. Son variados los métodos y las maneras de alcanzar sus objetivos. Lo que necesitamos comprender es que existen, en este punto, las misiones que llamamos «de fe», y aquellas que definieron su mantenimiento y creen que sin la cantidad recaudada, no pueden seguir con el trabajo.

Misiones «de fe»

Es obvio que todo trabajo del Señor es por fe, pero esta clase de agencia entiende que el servicio que ejecuta debe ser por fe, por más que el sostenimiento necesario no llegue. El peligro de esto es que nos encontramos con misioneros serios, que realmente entienden que éste es el camino y actúan con todo el temor del Señor, y otros que parten al campo viviendo con la fe ajena. No estoy diciendo que es imposible vivir así o que está mal. Sólo estoy presentando algunos problemas que encontramos día a día, y que deben recibir atención de nuestra parte.

Otro peligro es el avance misionero «por fe», sin que Dios haya dicho *sí*. ¿Creemos o no que el trabajo del Señor es controlado por Él? Si lo creemos, entonces Dios tiene sus planes y nosotros debemos seguirlos. El apóstol Pablo quiso ir en una dirección que el Espíritu Santo no lo estaba guiando. Acabó recibiendo una visión del lugar

donde el Señor lo quería (Hechos 16.6-10). Pienso que en la cuestión financiera es determinante salir con el sí del Señor. Salir al campo sin condiciones de supervivencia, es perjudicial y terrible.

Es mi deber, no obstante, resaltar que muchos obreros, a lo largo de la historia, han salido sin un sostenimiento definido y realizaron importantes ministerios. El propio apóstol Pablo y los demás sirvieron sin una estructura organizativa que les diera apoyo. ¿Cómo salimos de esto? En primer lugar, creo que los cambios del mundo moderno nos llevan a ser más prudentes en la proclamación del evangelio. Nuestro mundo exige del misionero más que un pasaje de avión. Es necesario considerar la vivienda, la alimentación, los recursos para desarrollar un ministerio más efectivo. También las exigencias de hoy son mayores: según el campo donde esté, el misionero tendrá muchos gastos, como por ejemplo teléfono, papeles, ropas, combustibles, etcétera.

Hay quienes defienden el método de la «oración», sin ningún tipo de acción en el sentido de cooperación financiera. Pensando en esto, recuerdo que la Biblia nos enseña que Pablo recaudó una ofrenda para los hermanos pobres de Judea. ¿De qué manera fue hecha? ¿Pablo solamente oró y descansó? No es lo que veo en los relatos del Nuevo Testamento. Por ejemplo, en 2 Corintios 8 y 9, Pablo explica el método de recaudación de ofrendas para la iglesia hermana que necesitaba ayuda. Primero envió a tres hermanos, con las instrucciones específicas de ir a Corinto y preparar la ofrenda a ser levantada, para que

cuando Pablo llegase, todo estuviese listo. ¿Hubo o no fe en esta práctica?

En Romanos 12.12-13 leemos:

> Gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; compartiendo para las necesidades de los santos...

¿Cómo vamos a tomar parte de las necesidades de los santos aplicando el término a los misioneros , si éstos no las comparten, ni comentan sus aflicciones? ¿Sería falta de fe decir lo que sienten o lo que necesitan?

No quiero desanimar a los que piensan así. Dios los conoce y tiene cuidado de ellos, como dice la Palabra del Señor: «todo lo que no proviene de fe, es pecado» (Ro 14.23). ¡Sea Dios exaltado en nuestras vidas! Él es soberano para dirigirnos y sostenernos. Estamos analizando los métodos y no la providencia de Dios.

Misiones «con todo asegurado»

Hay agencias que definen cuánto debe recaudar el misionero para ser enviado al campo. Todo depende de la necesidad del campo, el tipo de ministerio a desarrollar y los desafíos que se colocan ante nosotros. La crítica que muchos hacen a este tipo de método, es que los misioneros son enviados con «mucho dinero», a vivir en forma diferente de la mayoría de la población. Esto tiene que entenderse mejor. Creo que en algunos casos los misioneros son «ricos» con respecto al pueblo en que trabajan, lo que causa una barrera tremenda entre ellos. Pero no necesariamente este tipo de método «enriquecerá» al obrero. ¡De ninguna manera!

Lo que ocurre es que la agencia considera exigibles varios puntos, para que las iglesias sostenedoras entiendan que son importantes, y los suma al monto a recaudar. Este consta de: salario propiamente dicho, vivienda, fondo de trabajo (a ser aplicado en el ministerio), administración del campo (para suplir los gastos de administración de la vida de los obreros en el campo), administración de la oficina de envío (son muchos los gastos que ocasiona el envío de un misionero), seguro médico, jubilación, regreso, etcétera.

Creo que, a pesar de los puntos negativos, este tipo de trabajo da más seguridad al obrero y a su familia. Recuerdo casos en que la falta de recursos generó problemas serios en los hijos. El misionero sufre tantas tensiones, que también tener que pensar en la parte financiera puede ser un peso difícil de llevar. Claro que ningún método es perfecto, pero debemos pensar con más cariño en la vida del obrero.

Los problemas de salud en el campo son un hecho, muchas veces, difícil de ser enfrentado. La falta de recursos financieros para moverse de un país a otro, cuando es necesario, para un tratamiento, puede ser fatal. Una organización que administra competentemente los recursos y las necesidades del obrero, es de suma importancia.

Recordemos también que por más que tengamos un misionero de carrera (aquel que se entrega al trabajo por largo tiempo en el campo), él volverá un día a su país. Sus hijos necesitan de apoyo y atención. Veo muchos hijos de misioneros (inclusive de pastores) que desean es-

tar lo más lejos posible de la obra misionera, a causa de traumas que sufrieron por la falta de recursos. No obstante, también veo generaciones de misioneros que promueven la continuidad del trabajo, porque tuvieron sus necesidades siempre suplidas.

¿Por qué tenemos que ver a los misioneros como personas de situación financiera deplorable? ¿Será que los que se entregan a las misiones tienen que hacer votos de pobreza? ¿De qué estamos hablando? ¿De fe que abandona el buen sentido?

Desde mi punto de vista, los recursos a ser levantados deben tener en cuenta las necesidades del trabajo, el campo, el tipo de ministerio, el período, etcétera. Existen misiones que envían equipos por un tiempo determinado, y que exigen mucho menos, en términos financieros, que aquellas cuyos misioneros vivirán por un largo tiempo en el campo, edificando su hogar en aquel ministerio. No importa cuánto deban recaudar: lo que importa en realidad es que debe ser recaudado teniendo en cuenta las necesidades que serán enfrentadas en el campo.

Tenemos misioneros que están en Europa, por ejemplo, trabajando con mucha dificultad, porque el costo de vida es muy alto. ¿Qué hacer? ¿Vamos a continuar con el «síndrome de miseria» que está asolando nuestras iglesias, y enviar a los obreros de cualquier manera?

Nuestros misioneros de la Misión Internacional para el Interior de África, reúnen un monto que incluye varios puntos, como lo citamos anteriormente. Muchas veces oigo preguntas como: «¿Por qué enviar un misionero al

África es más caro que enviar uno a Europa (con el método de otra misión)?» La respuesta es: a causa de las necesidades que el campo presenta y de la manera como actuamos para conseguir nuestros objetivos. Un misionero en África necesita muchas cosas que no se encuentran disponibles en el país en el que está trabajando, lo cual exige viajes a otro país para obtenerlos. Si la situación es de guerra, el dinero no sirve de mucho, pues no hay qué comprar. Esto implica largos viajes, que exigen más recursos. Otro factor es la falta de estructuras básicas, como agua, luz, cloacas, etcétera. ¿Cómo vivir y ministrar en aquel lugar? ¿Cómo hacer para que la familia del misionero tenga lo básico para vivir allí y ministrar con amor?

Un matrimonio de misioneros de la MIAF fue enviado a un campo muy necesitado, con millones de refugiados de guerra. La región es la más caliente de aquel país y de difícil convivencia. Como si fueran pocos los problemas, no hay casas para alquilar. Las que hay tienen un altísimo costo, ya que la demanda es mayor que la oferta (no piense que en clima de guerra no existe explotación: muchos viven de la miseria del prójimo). ¿Cómo hacer? Su hijito estuvo durmiendo sobre la cómoda, por falta de espacio para el matrimonio. La esposa nos escribió diciendo que estaba casi desistiendo, pues además de todo esto, su sostenimiento estaba disminuyendo bastante. Queridos, estamos en una batalla espiritual mientras ministramos. Nuestros misioneros son personas y un día volverán a su lugar de origen. ¿Cómo queremos que vuelvan? ¿Cansados y desanimados? ¿Fríos en la fe y llenos de amargura?

¿Decepcionados con su iglesia? Nos cabe descubrir la verdad y la realidad del proceso misionero. ¡Basta de ilusiones!

Es claro que, como yo estoy haciendo el análisis, estoy todo el tiempo emitiendo mi opinión. Lejos de hacer de ella la única correcta, expreso mi experiencia como pastor y líder de una agencia misionera. Creo que debemos actuar con sabiduría en todo momento de nuestro trabajo. Hay ocasiones en que la denominación debe entrar con todas sus fuerzas. Otras veces la situación exigirá de nosotros una total entrega a la oración, sin que tengamos posibilidad de compartir nuestras necesidades o pedir ayuda. No obstante, siempre debemos ser prudentes y actuar de acuerdo con las necesidades y exigencias del campo. Hoy, que un misionero tenga una computadora personal no es un lujo, sino una necesidad. Tener un automóvil es una exigencia, en muchos lugares. Vivir bien alivia las tensiones de un ministerio lleno de peligros.

La obra misionera no es un juego. Las iglesias locales y las agencias misioneras deben darse las manos y actuar en conjunto, para que haya un mejor aprovechamiento.

Conclusión

La iglesia local tiene todas las condiciones para reclutar, seleccionar, capacitar (sin dejar de lado la ayuda de los seminarios y escuelas de Misiones) y enviar sus misioneros. Lo que no debe ni puede hacer es olvidarse de pastorearlos adecuadamente. Dejarlos abandonados a su

propia suerte (no dejo de lado la acción de Dios) y solos en los campos, solamente exigiendo informes, y enviando el apoyo financiero, es en lo mínimo cruel y antibíblico. Las iglesias locales deben comprender que no son una pequeña parte en este proceso, sino integrantes y responsables por la salud tanto física como espiritual de sus obreros.

Desde el momento en que descubramos juntos que nuestras comunidades locales no son sólo graneros de donde se sacan cosas y personas, sino organismos vivos que sienten, piensan, actúan y determinan, ciertamente la obra misionera mundial sufrirá un tremendo impacto, para mejor. Nuestros obreros serán más equilibrados y podrán, sin lugar a dudas, realizar un ministerio más efectivo y productivo.

Sueño con una administración menos burocrática y más diaconal de la iglesia con relación a las misiones. Más bíblica que tradicional; más llena de relación de amor y cariño; más constructiva y familiar. Sé que Dios desea ver a su iglesia actuando en la fuerza del Espíritu Santo, rompiendo barreras y costumbres que son un obstáculo para la edificación de la iglesia como un todo y de la obra misionera.

Si somos la comunidad de amor que predicamos, tengamos más seriedad en el cumplimiento de esta nuestra tarea de fe. ¡Dios será glorificado y muchas vidas serán reedificadas por su poder!

A Él sea toda la honra y la gloria, toda adoración y

exaltación. ¡Él es nuestra vida! Él es el motivo de hacer misiones.

Tenemos una sola pasión: ¡Él, sólo Él!